

## I

NUNCA LLEGARÉ A CONTROLAR EL TIEMPO COMO ELLOS LO HICIERON. Fueron personas excepcionales. El tiempo es la principal preocupación a la que nos enfrentamos los enólogos en la elaboración de un vino y, por lo general, es uno de tantos otros problemas que afectan al ser humano. Pero en relación a lo primero, el tiempo ya no importa. No obstante, como enólogo, mi cometido fue algo bien distinto: preservar el gran legado que me dejaron. Eso es lo que he sido desde siempre: un guardián, y me siento muy orgulloso de ello.

Nuestros vinos son perfectos. Él siempre me lo recuerda. Ningún otro vino que se haga fuera de nuestras bodegas podrá superarlos. Entre otras cosas porque son ellos mismos. Son vinos con personalidad. Y no es que sea vanidoso, todo lo contrario: aprendí de los mejores.

Aunque accidentado, el destino me guió por el mejor camino: a no convertirme en lo que quería ser, sino en lo que ya era. Es lo que me hizo comprender a una temprana edad. A Ricardo lo disfruté desgraciadamente unas pocas horas, de las mejores de mi vida, pero tiempo suficiente para que me descubriera las dos cualidades que a un sumiller lo hacen grande: la humildad y la honestidad. Y de Irene aprendí lo más importante, me enseñó lo fundamental: a imaginármela siempre feliz.

No tengo la mayoría de los detalles. Ni tan siquiera he presenciado muchos de los hechos. Solo participé en algunos, aunque pueda parecer que estuve en todos. No he sido testigo directo de todo el dolor, de los tormentos que Irene padeció antes y después de conocerla, ni tampoco de todos sus pensamientos ni de sus breves alegrías. A pesar de que parte de mi vida transcurrió paralela a la suya, y de las muchas cosas en común, de su vida apenas hablé con ella. Lo que sé, es gracias a las pocas personas que más cerca estuvieron a su lado.

Finalizaba un crítico enero de 2007. En la Ribera del Duero las viñas se constreñían de frío en pleno reposo vegetativo. La noche ya ocupaba el tiempo de luz de otras tardes menos austeras, mientras las calles de Valladolid, mi ciudad adoptiva, se preparaban para recibir una nueva helada.

Claudia, antes de subir, llamó desde abajo por el viejo telefonillo para avisar de su presencia. Una práctica muy extendida entre aquellos estudiantes que comparten piso de alquiler. Perturbar la tranquilidad de la casa picando tres veces el timbre de forma corta e intensa era la señal acordada que anunciaba su eminente aparición.

Había adquirido esa rutina tras una amplia experiencia como compañera de piso por habitaciones de precio regateado. Claudia no quería sorprender ni ser sorprendida por alguien —casi siempre desconocido— correteando por el pasillo totalmente desnudo tapándose con las manos sus partes pudendas, o saltando de habitación en habitación buscando la ropa interior que la borrachera de la pasada noche se encargó de esconder. Aunque me reconoció que de vez en cuando le gustaba animarse bajo los efectos de varios «Quinientos con Cola», era susceptible de sobresaltarse por cualquier conducta inesperada que ofendiera su decorosa personalidad de provinciana acomodada.

Sin embargo, esa costumbre la iba perdiendo desde que Raquel, su anterior compañera, dejó su habitación tras licenciarse y su ardiente vida fue sustituida por la fría y monótona existencia de Irene. Una muchacha de corrosiva inteligencia, la propia de una superdotada, cualidad que la empujaba aún más a la soledad, al aislamiento... y a la arrogancia: los auténticos motores de su vida.

Hecho el anuncio, Claudia forcejeó como casi todos los días con la puerta del portal. Trataba de mantenerla abierta sujetándola con el pie, mientras su cuerpo basculaba bruscamente para recoger las numerosas bolsas de comida que había dejado en el suelo. El cartapacio que llevaba bajo el brazo, el bolso y el tubo porta-planos que le pendían del hombro, se sumaban a la dificultad exigida por aquel dichoso monumento de hierro forjado verde, con barrotes de igual color, y rematado con unos cristales de horribles grabados florales.

Una vez superado el obstáculo, comenzó el ascenso por la sinuosa y pronunciada escalera. A ambos lados, las paredes presentaban de-

crépitos tonos pajizos, alguna que otra grieta y un sinfín de desconchones. La débil luz anaranjada que salía de los plafones resaltaba el deteriorado estado de las paredes, recalcando el ambiente lúgubre del edificio. Subir a un quinto piso sin ascensor suponía una penitencia diaria, haciéndose más insoportable cuando venía cargada con las bolsas de la compra y parte de los trastos del trabajo. La falta de ascensor en edificios con más de cuarenta años en el popular barrio de La Rondilla, situado al norte de la ciudad y tocado por el áspero contraste étnico de la inmigración, confirmaba el antiguo y entusiasta canon del progreso urbanístico.

A medida que subía, sus oídos se impregnaban de un fondo musical, un eco que se iba definiendo a golpe de peldaño. Decidió hacer un alto en el descansillo de la tercera planta. Una breve pausa que le sirvió para coger un poco de aire e imaginar la procedencia de la música. «Tengo que dejar de fumar», pensó. Percibió además, en ese breve respiro, cómo unos insistentes golpes contra una puerta empezaron a sonar y, seguidamente, la resonancia de un fuerte estrépito. Sospechó que todo ello tendría su origen en el tugurio alquilado a los pakistaníes del cuarto piso. Dedujo que estarían montando una pequeña juerga y que algún vecino molesto les estaba llamando la atención. Un hecho que la extrañaba bastante, puesto que los muchachos del cuarto, que conocía muy bien, eran gente tranquila que no daba ningún problema al resto de la comunidad. Su paso por esa planta confirmó el silencio y la tranquilidad de sus moradores. La música, que cada vez sonaba más fuerte, y aquellos golpes, procedían del piso de más arriba.

Cuando lo coronó, extenuada y, a pesar del frío, con un sudor pegajoso, giró a la izquierda con todos los bártulos y se encontró con que la música a todo volumen provenía de su casa. Al final del pasillo vio a la señora Mercedes —la viuda septuagenaria que vivía justamente debajo— aporreando la puerta con la palma de la mano. Aceleró el paso hacia ella e intuyó que algo raro estaba sucediendo.

—¿Qué es todo este escándalo? —voceó Claudia. Dejó en el suelo las bolsas de la compra, el cartapacio y se ajustó el bolso y el tubo porta-planos.

La anciana se giró encrespada dejando de golpear la puerta.

—¡Qué casualidad! ¿Has sido tú quien acaba de llamar por abajo?  
—vociferó también la señora Mercedes, examinando la figura de Claudia.

—Sí, he sido yo.

—Pensé que tú también estabas en la fiesta. Estoy llamando y no contesta nadie. He subido porque en mi casa se oye muchísimo la música. Es insoportable. También oía como...

El ambiente era ensordecedor. Se entendían a voces. Las puertas de los también irritados vecinos de al lado se abrieron con tímidos descaros al cotilleo. No bastaba con intentar ver algo a través de las mirillas. La señora Mercedes continuaba enumerando con detalle la colección de ruidos que escuchaba desde su casa hasta que subió, y que cesaron con uno muy estruendoso ante los primeros golpes a la puerta. Claudia mantenía una disimulada perplejidad conforme escuchaba a la anciana. La preocupación, el ansia, se apoderaban cada vez más de ella.

—Yo también lo he oído mientras subía por las escaleras —la interrumpió Claudia.

Todo era muy anormal, muy confuso. «¿Irene discutiendo con alguien aquí, en casa? —se preguntaba Claudia—. ¿Y a continuación risas y carcajadas? ¡No puede ser! ¿Cristales rotos? ¿Muebles que se caen? ¡Imposible!» Intuía que no se trataba de ninguna fiesta, aunque a la señora Mercedes se lo pareciera. En su casi un año de convivencia con Irene nunca había ocurrido nada similar.

—... Y fue cuando subí. Iba a llamar a la policía —concluyó la viuda, muy enojada.

—Ahora entro y quito la música —dijo Claudia—. No queremos tener problemas con usted ni con el resto de los vecinos y, mucho menos, con el dueño del piso. Supongo que habrá tenido alguna visita inesperada y estarán celebrando alguna cosa —matizó disculpándose.

La excusa calmó a la señora Mercedes quien iniciaba el ademán de la despedida. Claudia no la quería retener ni por supuesto darle más justificaciones. Quería librarse de ella cuanto antes. Se impacientaba por saber lo que sucedía en el interior de la casa.

—Hasta luego, señora Mercedes.

—Adiós, simpática —se despidió con desdén.

Se marchaba rajando sola, elevando los brazos como invocando al Santísimo... Una sucesión de mansos desaires de madera se cerraban a su paso vivo poniendo fin al cotilleo. Claudia la seguía con la mirada esperando que aquella silueta desapareciera cuanto antes por la escalera. Cuando la perdió de vista se apresuró en abrir la puerta. Un bofetón acústico sacudió sus oídos. *The Sinner in Me* espoleaba sus delicados tímpanos:

... *If I could just hide*  
*The sinner inside*  
*And keep him denied*  
*How sweet life would be*  
*If I could be free*  
*From the sinner in me...*

Los ojos se le llenaron de espanto ante el panorama tan desolador que se abría bajo ese réquiem *synth pop* inspirado por las sombras de la vida. Una luz casi cegadora se burlaba del pavorido gesto que se le dibujó en la cara.

—No me creía lo que estaba viendo —me contó Claudia.

—¿No te lo imaginabas? —le pregunté.

—En absoluto. Fue todo horrible.

Rápidamente recogió las bolsas y el cartapacio de la entrada, se metió dentro y cerró la puerta de una patada. Fue corriendo a la cocina y se deshizo de todas las cosas que llevaba sin importarle la fuerza con la que se dieron contra el suelo. Salió de ella enseguida. Su estado de agitación aumentaba cada vez más a medida que iba contemplando con detalle. Los pocos muebles que había en el pasillo: el recibidor, un perchero, una mesilla de decoración..., estaban prácticamente hechos astillas; botellas rotas por todas partes. Observaba el daño que los impactos de las botellas habían causado en los cuadros, en las paredes y cómo de estas chorreaba el alcohol. El parquet embebía las mezclas de los pestilentes licores. Un intenso hedor envolvía toda la vivienda. Suponer que se trataba de una fiesta por todo lo alto no tenía sentido conociendo el carácter de Irene. Pensó que alguien había entrado a robar sorprendiéndola dentro, que intentó impedirlo y se produjo una

pelea. Pero esa reflexión, a juzgar por lo que estaba presenciando, tampoco tenía ninguna lógica.

Corrió por el pasillo sorteando todo tipo de obstáculos, giró a la derecha y abrió violentamente la puerta del salón. La música infernal procedía de aquí. Estaba todo revuelto, los muebles destrozados. La televisión tenía un boquete en la pantalla. Tiró fuerte del cable de la maldita cadena musical, que milagrosamente aún se aguantaba en pie, y los altavoces dejaron de añorar una vida sin pecado. El silencio vino de repente. Un silencio acallado por los fuertes latidos de su corazón y su respiración entrecortada. Abandonó el salón y continuó hacia su cuarto, que encontró también cubierto por el desconsuelo: sus preciadas maquetas estaban hechas añicos, y la mesa de dibujo, la cama y el sinfonier pedían el fuego purificador de una hoguera de San Juan. La embargó un sentimiento de exasperación, de rabia, incapaz en su confusión de centrarla en nadie. Irene no lo podía haber hecho, ¿o sí? Volvió sobre sus pasos y se encaminó hacia la habitación de Irene en el confín del pasillo. La puerta estaba ligeramente entreabierta. Por el umbral, un reguero de un fluido lechoso se expandía por el parquet. Despedía un olor nauseabundo. Con los pies en medio de ese viscoso reguero, palpaba tímidamente la puerta.

—¿Irene?

Al no oír respuesta e ir comprobando el estrago, la abrió totalmente de un fuerte empujón: Irene estaba tendida en medio de la habitación, sepultada bajo las estanterías de un decorado que desfallecía al instinto de la tragedia.

En los primeros instantes no reaccionó. Se quedó paralizada frente al estupor de la escena. Su acelerada respiración no daba suficiente aire a los pulmones: se ahogaba. Barrió con la vista aquella catástrofe: todas las estanterías caídas, alguna de ellas sobre la cama; la ropa del armario tirada por el suelo; montones de libros esparcidos por todos los rincones; más botellas rotas; fragmentos de cristales incrustados en las paredes; salpicaduras de sangre de un intenso color rojo escuriendo por ellas, por el resquebrajado espejo del armario, por todos los sitios. Le temblaban las piernas. Un sudor ahora gélido le empapaba todo el cuerpo. El estómago se le revolvió: la sangre, el hedor... Amagó el vómito. Entró en un estado de colapso, a punto estuvo de

desmayarse. Su entrañable amiga yacía en el suelo, ¿muerta? Fue cuando aquel estruendo que oyó mientras subía por la escalera cobró sentido. Concordaba con lo que estaba viendo. Estimó que Irene llevaría poco tiempo bajo las estanterías. Volvió en sí, se recompuso y, con una increíble fuerza, las levantó y las empujó contra la pared. Tratando de no cortarse, la desenterraba a toda velocidad de restos de cristales, libros, ropa, trofeos, figuras..., apartó una pequeña pistola que creyó de juguete y, tras una brevísima interpelación a la urgencia, unas bolsitas con algunos Corazones Rosa en su interior.

En medio de tal desastre se hizo un sitio donde poder examinarla. Movié con dificultad el pesado cuerpo de Irene. Estaba boca abajo, y dar la vuelta a esa mole grasienta, a una masa amorfa de carne mórbida, resultó todo un triunfo. Tenía algunos cortes superficiales por la cara y uno muy profundo en una de sus muñecas. La sangre manaba todavía. Sin pensarlo, se desató uno de los zapatos, y con el cordón logró hacerle un torniquete consiguiendo parar la hemorragia. El camisón de Irene estaba totalmente mojado en una pestilente mezcla de vino y sangre. No respiraba, el corazón no latía. Se olvidó del asco, de lo nauseabundo, del escrúpulo, y comenzó unos frenéticos primeros auxilios. A pesar de la perfecta coordinación, el masaje cardíaco parecía no servir de nada ni tampoco insuflarle el aire vital. Insistía una y otra vez, pero no había manera. Después de un tiempo de tentativas inútiles, Claudia acabó exhausta. No consiguió reanimarla: Irene estaba muerta.

Las entrañas de Claudia se desgarraban de dolor acunando un cuerpo sin vida. Su consuelo: desesperación y cientos de negaciones que, una tras otra, afirmaban la única e infranqueable verdad absoluta y universal. No podía ni quería creerlo. Pero, cuando al fin la resignación quiso ponerla en pie para avisar a la ambulancia, ocurrió algo extraordinario: escuchó cómo unos pasos firmes, secos y contundentes se acercaban a la habitación. Permaneció inmóvil, aferrándose al cuerpo de Irene. Dirigió la vista hacia la puerta como esperando a que alguien entrase por ella. Estaba confundida. No había nadie en la casa. Recordó las explicaciones de la señora Mercedes y pensó si sería cierto que Irene estaba con alguien. Sintió terror, pánico, escalofrío, ahora se trataba de su vida. De pronto, aquellos pasos se detuvieron justo antes de entrar en la habitación. Claudia esperaba horrorizada el desenlace.

Un soplo helado fue lo que penetró en el cuarto. Pareció como si aquella supuesta persona, dueña de esos pasos, se desintegrara, se disolviera originándolo. Recorrió toda la habitación. El abatido rostro de Claudia sintió su paso frío, le alborotó el pelo y, de repente, aquella corriente glacial se introdujo por la boca de Irene. Casi al momento, volvió a salir por el mismo sitio dirigiéndose hacia la puerta por donde finalmente desapareció. Al segundo, aquellos pasos firmes y secos volvieron a resonar, como si ese aire, resolviéndose de forma inversa a la de hacía unos instantes, se hubiera transformado en algo sólido, consistente, en aquella persona imaginada por Claudia que ahora se alejaba. Al poco tiempo, oyó cómo alguien abría la puerta de la calle y la cerraba suavemente. Fue entonces cuando las heridas de Irene comenzaron a cicatrizar, empezó a tener convulsiones, a mover el cuerpo con fuertes espasmos, a expulsar líquido por la boca; respiraba, su corazón latía enérgicamente. Ante aquella asombrosa reacción de Irene, Claudia le ladeó la cabeza para ayudarla a vaciarse de aquellos desagradables fluidos. Cuando pareció que habían cesado, se incorporó, empuñó el cuello de una botella rota, y salió corriendo a la cocina en busca de su teléfono móvil. Sustituyó el cascote de cristal por un cuchillo de cocina. Con cautela, volvió a registrar de nuevo la casa buscando no se sabe a quién o a qué. Pero no había nadie más. Con la perplejidad metida en el cuerpo, regresó al lado de Irene y esperó: la ambulancia no tardaría en llegar.

Las heridas se habían restañado y mientras la mantenía en el regazo, Claudia le limpiaba la cara, la acariciaba..., la miraba sin distinguir la ternura de la consternación. Aquellos ojos cerrados, totalmente hundidos, la piel amarillenta, su andrajoso pelo... ¡Qué escalofriante imagen! ¡¿Y aquel hecho fantástico?! ¡¿Aquel milagro?! Ahora Claudia se hallaba inmersa en un gran desconcierto: dentro de lo malo se encontraba bien, observando cómo Irene, aunque inconsciente, vivía; pero deseaba someter a la razón ese fenómeno paranormal del que hacía tan solo unos minutos había sido testigo. Sentía otro tipo de angustia, de temor.

La Irene que tenía entre sus brazos no era la misma chica de unos meses atrás. «¿Por qué no me he querido dar cuenta de que estaba pasando por algo?», se preguntó. Alzó la vista intentando encontrar

entre aquel descomunal caos alguna explicación de por qué lo había hecho. Regresó al rostro de Irene sin respuestas, absorta, impotente.

Los sanitarios del servicio de urgencias subieron muy deprisa con todo el equipo. Se la llevaron en la ambulancia al Pío del Río Hortega ante la inquisitiva mirada de algunos vecinos. Los unos citados por la curiosidad y los otros traídos por una aparente casualidad que quiso que estuvieran presentes. Claudia no bajó con ellos. Sabía que ya no podía hacer nada más, si es que de verdad hizo algo. Se cambió toda la ropa que tenía ensangrentada, y después se encaminó hacia el hospital que estaba a pocos metros de allí. Fue andando bajo una fuerte helada de un día de enero que jamás olvidaría. Aún no daba crédito a ese mágico suceso: los pasos secos y firmes, el hálito de aire frío resucitador... Admitió que sería algún tipo de alucinación, de enajenación mental, consecuencia de la gran tensión que todavía continuaba retenida en su cuerpo.

—Sigo sin saber lo que fue todo aquello —me confesó Claudia—. Apenas lo hablé con Irene. Ambas tratábamos de evitarlo.

No obstante, intuí tras el nervioso silencio de alcanfor y naftalina que envolvía aquella habitación del Centro Hospitalario Benito Menni, que en aquel contexto se engañó a sí misma racionalizándolo todo.

—No lo sé. Quizás ya lo venía arrastrando desde mucho tiempo atrás. La fuerte conmoción que sufrí cuando vi a Irene en ese estado..., después lo del piso, el estrés que venía padeciendo a cuenta de la dichosa beca... Creo que todo esto lo desencadenaría a continuación —me aclaró Claudia, lanzándome una bocanada de humo.

—Es posible —apostillé—. Pero ahora yo te veo bien. Ya no te persigue nadie, ¿no?

—Bueno... no te creas, a temporadas como ahora. Pero como sabes, no me incapacita para seguir trabajando. Voy a liar otra buena para unos franceses en la Borgoña... de casi cien millones de euros. Supongo que ya te lo habrán comentado.

Pensativa, confundida, dando caladas compulsivas a un cigarro, durante el trayecto al hospital Claudia se interrogaba por qué Irene había querido poner fin a su vida.



## II

—CREO QUE NOS QUEDA MUCHO TRABAJO POR HACER, señores. Ya lo habéis escuchado —dijo Braxton. Puso los pies encima de la mesa, se reclinó sobre el respaldo del sillón y se llevó las manos a la nuca.

—¿No pretenderán que aprendamos chino en un par de meses? —preguntó con cierta sorna Ángel. Se aflojó el nudo de la corbata y se levantó de su sillón para estirar las piernas.

—Todo el mundo sabe a estas alturas que China es el sustituto natural de Estados Unidos —argumentaba Braxton—. Si supieran un poco de historia, tendrían una mejor perspectiva de análisis. Pero no seré yo quien los corrija: la historia se encargará de hacerlo. Prácticamente, desde la Modernidad hasta la fecha, ningún imperio ha durado más de un siglo; incluso me atrevería a decir que mucho menos. Hay factores a tener en cuenta que indican que ese relevo se está produciendo.

—¿Crees en el determinismo histórico? —terció Vicent. Tomaba un vaso de agua de la máquina situada discretamente en una esquina de la sala de reuniones.

—La historia la hacemos los hombres. Personas como nosotros la reescribimos y jugamos con el destino de los países y de sus gentes. Nosotros hacemos que viva, a la vez que traza el rumbo que nos hace sucumbir ante ella.

Acababa de finalizar una larga reunión de los representantes del conocido holding americano Warkel Group en España. Braxton, junto con otros dos miembros del consejo, permanecía aún en la sala de reuniones intercambiando de forma ya más distendida opiniones sobre lo acontecido en la sesión. Con sede en Barcelona, su consejo administrativo español y varios analistas financieros venidos de EE. UU., habían estado preparando las nuevas estrategias a seguir impuestas desde Washington —la sede central—, ante el rumbo amenazador de la economía China. Un alarmante desarrollo económico y militar que ponía

en peligro, supuestamente, los intereses americanos. En la parte que les afectaba más directamente, también habían examinado la marcha de las inversiones de sus filiales españolas: de cómo tenían que consolidarse en el entramado oriental. Con ese pretexto, colaboraban en la organización de la próxima visita de los Reyes de España al país asiático prevista para finales de junio: un buen impulso para afianzar y desarrollar nuevos proyectos de las empresas españolas del grupo en el mercado chino.

El consorcio Warkel Group lo formaba un gran conjunto de empresas que se extendían por todo el mundo. Todas ellas controladas con dinero americano y con sedes en la mayoría de los países. Empresas muy poderosas dedicadas a la fabricación y venta de armamento militar; al sector de la aeronáutica; a la biotecnología y a la fabricación y puesta en marcha de nuevas tecnologías en el campo de la informática y las telecomunicaciones. También eran accionistas de diversos medios de comunicación en cualquiera de sus formatos en varios países. Sus redes llegaban hasta los más recónditos e insospechados lugares de la tierra.

Un complejo empresarial bajo el cual se ocultaban miembros que habían pertenecido a la Jefatura del Estado Americano, inclusive ex presidentes del Gobierno de los EE. UU. Su base directiva estaba integrada por importantes cargos de las instituciones económicas mundiales y de la OTAN. A lo que habría que añadir sus contactos con un buen número de familias poderosas e influyentes de todo el mundo y, en especial, con las de Oriente Medio.

La misión del Warkel Group era clara: influir en los gobiernos de cualquier país y de cualquier ideología para favorecer sus propios intereses económicos y, tácitamente, los de la nación americana; en definitiva, hacerse con el monopolio del control social y económico a escala planetaria: condicionar desde la razón económica y los instrumentos a su disposición el rumbo de la historia de los países y los deseos de los hombres. Para ello captaban a personas próximas al gobernante o al gobernante mismo. Pero el paso del tiempo ha facilitado sus estrategias de influencia. Ya no tienen que presionar al estadista, lo tienen mucho más fácil: ahora son los altos representantes gubernamentales quienes se ofrecen a estos grupos.

En esos momentos, el Warkel pretendía intervenir sutilmente en el Gobierno chino: poseer una buena posición empresarial para hacerse con la mayor parte del control de las futuras necesidades que había que generar en millones de chinos en todos sus aspectos; además de promocionar al país asiático para hacerse con el control de las inversiones extranjeras de capital no americano; como asimismo, satisfacer las elucubraciones de los dirigentes de la política china, sin que ello supusiera un peligro para la nación americana.

Braxton fue designado por Washington para ser el número uno de la sede española, pero prefirió ceder la dirección de la delegación y pasar a un segundo plano menos relacionado con el trabajo de despacho, y orientarse a otro de un contenido más emocionante. No obstante, oficiosamente era Braxton quien en última instancia tomaba las decisiones por las que se tenía que organizar la corporación española: era el jefe en la sombra. Los dirigentes americanos depositaban en él la máxima confianza. Era un producto totalmente americano, a pesar de que sus apellidos, Martínez Ruesga de Trápaga, delataban sus verdaderas raíces. Sus padres, ambos diplomáticos españoles en EE. UU., creyeron conveniente ponerle un nombre que sonase muy americano. Así me lo hizo saber él mismo: querían introducirle ya desde pequeño en la vida pública de las altas esferas americanas, irle haciendo un nombre. Con el paso del tiempo lo consiguió, pero no de la forma que les hubiera gustado a sus padres.

—¿Cómo tenemos la situación en Sudán? —interrumpió Ángel.

—Se está complicado —respondió Braxton. Se levantó del sillón y se dirigió hacia el ventanal que ocupaba el largo de la sala de reuniones. Abstraído, miraba a través de la inmensa vidriera la sinfonía de luces multicolores propias de una ciudad cosmopolita como Barcelona. La noche clara invitaba a deleitarse con ese pequeño espectáculo urbano—. Me preocupan más los movimientos que está haciendo Rusia y las alianzas que pueda hacer en un futuro —prosiguió—. Ha incrementado en un veinticinco por ciento el gasto en defensa. Parece que quiere recuperar el tiempo perdido y no sabemos por dónde empezará. Nuestros aliados georgianos se están poniendo nerviosos. Las últimas noticias que tengo de Nekrassov no me gustan nada.

Había nacido en EE. UU., y toda su formación académica y militar fue americana. Era un adolescente cuando de vacaciones sus padres fallecieron en un accidente de coche recorriendo el sur de Brasil. Braxton se quedó huérfano de repente y tuvo que hacerse cargo de sus dos hermanas de apenas unos años de vida. Un duro golpe que a su edad le hizo madurar muy rápido. Dejó de ser un hermano para convertirse en un padre prematuro responsable de la vida de dos niñas pequeñas. Me confesó que esta circunstancia le obligó a tomar decisiones muy drásticas... y un tanto precipitadas: tenía que buscarse la vida como fuera y donde fuera.

Contaba con diecisiete años cuando tuvo que hacer uso de las simpatías americanas que sus padres se trabajaron en vida. Como resultado, uno de los senadores republicanos por el estado de Nueva York, el senador Joseph Crowe, se encargó a título personal de proponerle para su ingreso en la Academia Militar de West Point. Para Braxton, enrolarse en el ejército suponía obtener unos ingresos económicos garantizados y, de alguna forma, seguir implicado con los contactos diplomáticos y con las influencias que contrajeron sus padres en su extensa vida social americana. Esto último fue la mejor herencia que le dejaron, de la cual se beneficiaría bastante en el futuro.

Con el dinero que ganaba como militar y las ayudas que recibía tanto del Gobierno americano como del español, pudo salir adelante junto con sus dos hermanas pequeñas. No solo se graduó en West Point con el grado de alférez, sino que además, en la Universidad de Nueva York, se doctoró en Ingeniería de Telecomunicaciones y, por lealtad a un viejo deseo paterno, en Historia Contemporánea. Sus progenitores le inculcaron de pequeño el gusto por la Historia y, en particular, por la española. Una disciplina impuesta que le llevaba a pasar largas estancias en España aprendiendo todo cuanto le podía ofrecer la cultura del país mediterráneo; un aspecto que también Braxton, ya con cierta madurez, supo transmitir muy bien a sus dos únicos familiares.

—Tenemos sobre nuestras espaldas a los chinos y a los demás dragones asiáticos —siguió Ángel. Después de su breve paseo por la sala, volvió a sentarse en el sillón.

—Efectivamente —apostilló Braxton tomando asiento de nuevo.

—Hacerse con la hegemonía internacional siempre ha seguido un mismo proceso a lo largo de la historia —analizaba Vicent sosteniendo el vaso de agua—. Dominar la productividad, el mercado, la situación financiera y, por último, la dominación militar: las tres etapas anteriores hay que mantenerlas y protegerlas para conservar el estatus sobre el resto del mundo. Hay muchos países resentidos dispuestos a acabar como sea con esta posición americana.

—En este momento China se está haciendo con los tres primeros estadios —matizó Braxton—. Después empezará con la expansión militar..., y aquí es donde tenemos que estar preparados. Imaginaos que los chinos y los rusos hacen buenas amistades. Tendríamos una nueva guerra fría con un buen volumen de negocio.

—Estados Unidos no se resigna, y quiere ocultar la evidencia como sea —continuó Vicent—. Lo único que está haciendo es proveerse de todo el petróleo que pueda, a la vez que consolidar sus posiciones estratégicas por todo el mundo frente a la eminente entrada de la poderosa economía China. Todo el petróleo que consiga ahora supondrá una futura merma energética para los chinos, salvo que construyan más centrales nucleares o se surtan más todavía de la energía rusa.

—Cuando una expansión militar se lleva a un grado extremo —intervino Ángel—, después se produce un considerable quebranto económico y la consiguiente pérdida de estatus. El fracaso imperialista de España y Portugal en los siglos XV y XVI se debió en buena medida a esto. A continuación, los Países Bajos, Inglaterra, Francia... cometerían los mismos errores. La historia se repite, ¿no es así, Braxton? La guerra de Irak está suponiendo para Estados Unidos todo un gasto financiero innecesario que afectará al resto del mundo. Si a esto le añadimos todo el tema de las hipotecas basura, no hará falta esperar demasiado... Creo que la crisis ya la tenemos encima. Algo que se veía venir desde hacía mucho tiempo. No nos han dicho nada nuevo estos lameculos de Washington; entre otras cosas, porque nosotros hemos sido parte de quienes la han organizado: hay que mantener vivo el negocio —ironizó.

—Me gustaría presenciar algún día cómo acaba esta antítesis entre Estados Unidos y China, entre Occidente y Oriente —manifestó Braxton.

—¿Cuándo te ha dado por Hegel? —le preguntó Vicent, con cierto tono burlón, andando hacia la mesa de reuniones.

—A Hegel supongo que no le gustaría vivir en esta época —prosiguió Braxton dirigiéndose a Vicent con sus penetrantes ojos azules—. Se volvería a su tumba al encontrar que su Espíritu Absoluto está dando marcha atrás y se está concretando en los países orientales. Y que al menos, en el contexto económico, están abriendo sus puertas a la libertad. El Espíritu Absoluto se plasma ahora en estos pueblos que Hegel despreciaba al considerarlos la infancia de la humanidad y faltos precisamente de libertad. ¿Qué pensaría ahora al ver que su queridísima Alemania a lo más que puede aspirar es a hacerse con el control turístico de Mallorca?

Los tres se echaron a reír mofándose de la pésima posición económica que tenía en esos momentos el país germano.

—Todavía no nos has contado tus correrías por Irak. Te hemos echado de menos —dijo Vicent aún riéndose—. Saliste cagando hostias como de costumbre, ¿no?

—Veo que os estáis aficionando demasiado a los rumores —dijo Braxton—. No pudimos cerrar la operación y las cosas se torcieron. El Imán esta vez se pasó de listo. Tuve que escapar en helicóptero y con nueve reclutas a bordo. Derribaron a un Apache y a la tripulación del Black Hawk se la cargaron. Así que me tuve que poner a pilotar el pájaro. Si no hubiera sido por los muchachos, no habríamos salido vivos de allí. Respondieron bien al ataque.

—Cuéntanos los detalles cenando —terció Ángel.

—Tampoco hay mucho que contar —respondió Braxton—. Pero creo que me debéis una cena. Con los años que llevamos juntos y todavía no sabéis apostar por el caballo ganador.

Braxton había permanecido durante cinco semanas haciendo «negocios» en el devastado país iraquí. Regresó el día anterior a la reunión. Esta, aparte de tratar las cuestiones financieras y las estrategias a seguir a corto y medio plazo, servía además para dar la bienvenida a su líder carismático, al verdadero motor de la agencia: una vez más había triunfado. Su cometido era hacerse con diversos contratos para instalar torres de telecomunicaciones con la última tecnología por las ciudades más importantes de Irak. Con la retórica de la recons-

trucción del país, de forma encubierta, se trataba de mantener mejor comunicados a los diferentes destacamentos de tropas americanas distribuidos por la zona; a la vez que ajustar otros contratos con agencias de seguridad privadas para la vigilancia de esas torres y la protección de otros negocios que el Warkel tenía repartidos por todo Irak. La operación en total ascendía a 345 millones de dólares para el grupo. Braxton no se ahorró detalles en explicarme esto, y también me insinuó que mucho de ese dinero iba a parar a su bolsillo.

Tanto Irak como las demás zonas calientes del golfo Pérsico las conocía muy bien. Mientras las dos pequeñas se hacían mujeres pasando por los distintos internados y colegios mayores hasta llegar a la universidad, Braxton viajaba por todo el mundo en misiones estratégicas para el Gobierno americano. Le gustaba realizar cierto tipo de turismo de aventura, dejarse llevar por una insaciable adicción a la adrenalina. Tras graduarse en West Point, pidió destino para incorporarse a la Armada. Una vez allí, accedió a los UDT (*Underwater Demolition Teams*). El arrojo demostrado le valió, poco después, para ser propuesto por sus mandos para realizar el curso de los SEAL<sup>1</sup>. Nada más acabar ese curso se ofreció voluntario para lo que sería su bautismo de fuego: la toma de las plataformas petrolíferas iraníes de Rashadat, en el golfo Pérsico, a unas setenta y cinco millas de la costa iraní. Una misión de la que sacó unos cuantos puntos para ir ascendiendo en el escalafón militar y una medalla al valor: quería llegar lo más lejos y lo antes posible.

Cuatro años más tarde, en la Guerra del Golfo, y ya como teniente, estaba al mando de una sección de reconocimiento. Sus arriesgadas incursiones desde Arabia Saudí le valieron nuevamente para ser correspondido por sus superiores. Una vez acabada la guerra, y gracias a su conocimiento de la zona, fue cuando contactó por primera vez con el Warkel Group. En 1993 el Warkel Group se hizo con la empresa Nelfon, la cual estaba ubicada en Arabia Saudí: una compañía dedicada al entrenamiento de ejércitos extranjeros y de grupos de mercenarios. Nelfon venía realizando trabajos para el Gobierno saudí, en concreto, la formación militar de algunas unidades de sus fuerzas arma-

---

<sup>1</sup> Sea, Air and Land. Los SEAL son unidades de operaciones especiales pertenecientes a la Armada de los EE. UU. (N. del. A.)

das. La adquisición de Nelfon por el Warkel incrementó la presencia americana en la zona. A la postre, Nelfon sería una fachada de la CIA para infiltrar a sus agentes en el ejército saudí. Braxton fue reclutado por la CIA infiltrándole en esa empresa como instructor de oficiales saudíes y de mercenarios, a quienes se les calificaban con el eufemismo de «contratistas de seguridad». Lo cierto es que la CIA quería tener a alguien que controlase la zona, y Braxton era la persona idónea. Posteriormente, las conexiones de la Nelfon con la CIA saltaron a la luz pública causando una mayor conciencia antiamericana en el país saudí, y el Warkel, para librarse de esa mala imagen, la revendería en 1997. A Braxton, incorporado en la CIA, lo sacaron de allí y lo destinaron a labores de servicio interno.

En ese ambiente relajado, y cuando ya se disponían a salir por la puerta, entró en la sala de reuniones la secretaria que la custodiaba desde afuera.

—Señor —dijo la secretaria mirando a Braxton—, tengo en espera una llamada de una tal Claudia Utiel San José. Dice que es urgente. Le ha estado llamando varias veces a su móvil.

«Claudia», pensó Braxton.

—Lo he tenido apagado durante la reunión —respondió—. Pásemela, hablaré con ella desde aquí.

La secretaria se fue a atender la petición, mientras Braxton se dirigía hacia un teléfono que estaba sobre la mesa de reuniones. Recorriendo el pequeño trecho que le separaba del teléfono, se extrañó de la llamada de la amiga de su hermana. Intuía algo negativo. A Vicent también le ocurrió lo mismo, pues ese nombre le resultaba familiar. Allí lo descolgó.

Claudia apenas lo conocía. Solo lo vio en un par de ocasiones por *webcam* a través del ordenador portátil de Irene. Sabía que era un importante hombre de negocios por los comentarios que Irene hacía de él, pero no sabía exactamente a lo que se dedicaba. Irene le dejó dicho que si le ocurría algo, se pusiera inmediatamente en contacto con él. Braxton era su único familiar.

Aquella conversación telefónica fue breve, concisa y amarga. A Braxton le provocó una sensación de ambivalencia, de sentimientos contradictorios difíciles de conciliar. La palabra «suicidio» no le era

indiferente. Por él sé que debido a su profesión, llegó a conocer a mucha gente que se quitó la vida por cualquier cosa relacionada con los turbios asuntos que manejaba. Incluso, algunos de los suicidios eran provocados por él directamente. En su faceta de negociador sometía a una sutil presión a sus clientes: se las ingeniaba con todo tipo de prácticas para conseguir cerrar cualquier operación y llevarlos donde él quería. Presionaba a sus víctimas hasta los más insospechados extremos, hasta las últimas consecuencias. Muchas decidían por ellas mismas quitarse del medio de forma trágica. Unas técnicas que aprendió a realizarlas en el ejército y que le divertían bastante: disfrutaba poniéndolas en práctica.

El durísimo entrenamiento militar, el gran número de misiones en las que participó y la etapa como instructor, le hicieron desarrollar ciertos rasgos psicopáticos que inhibían la respuesta empática hacia los demás. Braxton era un verdadero asesino. Un retrato que contrastaba con su formación intelectual y una imagen de niño bien aplicado: su pelo rubio lo ponía en orden a partir de una perfecta raya trazada al lado derecho de la cabeza. La gomina sujetaba la ondulación sobresaliente que le hacía de tupé, y que se iba desvaneciendo hacia el lado izquierdo. Sus ojos azules, punzantes, aunque de mirada cansada, y sus facciones angulosas, ligeramente chupadas, le daban una apariencia de persona serena, pero de incisiva crueldad. Los trajes italianos, casi siempre de tonos oscuros, vestían con elegancia su fornido cuerpo. Por aquel entonces pasaba de los cuarenta, y tenía el aspecto de un auténtico dandi: de un caballero capaz de deleitar a sus amistades interpretando al piano piezas de Roger Sessions, como de cargarse a cualquiera que le obstaculizase en sus negocios tocando *La cucaracha* con ráfagas de una UZI del ejército israelí. Bajo el disfraz de niño bueno se ocultaba un temible cazador. Un hombre que se creía capaz de cambiar el curso de las políticas y la historia de algunos países..., incluida la de España.

Sin embargo, aunque presentía que algo así podía ocurrir, el hecho de que su hermana hubiera intentado suicidarse le sumió en una tremenda impotencia, era algo que se le había ido de las manos y que no había sabido parar a tiempo. Era consciente que la vida de Irene, en su afán de protección, no la podía dominar de igual forma que con-

trolaba las mentes de sus clientes y de sus adversarios financieros. Quizás porque Irene era demasiado inteligente para él, y que en muchos aspectos le aventajaba: en ocasiones Braxton parecía un títere en manos de Irene.

Braxton se quedó pensativo tras colgar el teléfono. Se dirigió de nuevo al ventanal. Ausente, con las manos cruzadas por detrás de la espalda, observaba otra vez el espectáculo multicolor ajeno a su estado de ánimo. Ángel y Vicent se miraban con cara de circunstancia esperando a que el dilatado silencio se quebrara con algún comentario. En esos instantes, Braxton se cuestionaba si la decisión de trasladarse a España hace unos años para hacerse cargo de la delegación del Warkel habría sido la más acertada.

—Mucho me temo que la cena la tenemos que dejar para otra ocasión —dijo Braxton en tono muy sereno.

—Se trata de Irene, ¿verdad? —preguntó Vicent con cierta preocupación.

—Así es —respondió Braxton absorto, contemplando la noche rota por los neones.

El que Irene se encontrase estabilizada por los médicos, según la información que le acababa de dar Claudia, le hacía estar mucho más tranquilo que cuando ocurrió seis años atrás la macabra coincidencia con su otra hermana Michelle.

El fatídico 11 de septiembre de 2001, a Braxton, todavía bajo la tutela del ejército americano y trabajando para la CIA, se le ordenó organizar el dispositivo de seguridad para la reunión anual de inversores del Warkel Group que ese mismo día se celebraba en el Hotel Ritz Carlton, en Washington. Entre los asistentes destacaban los fundadores del Warkel Group, expertos en asuntos militares de varios países, lobbis, multimillonarios árabes entre los cuales se encontraba el empresario saudí Shafiq Bin Laden —a quien Braxton conocía muy bien—, hermano de Osama, y el ex presidente del Gobierno americano George Bush.

Todos ellos presenciaron en directo, a través de la televisión, cómo se derrumbaban las torres del World Trade Center, pudiendo comprobar en persona el bochorno que pasó Shafiq, quien no quería saber nada de su hermano Osama y de la atrocidad que había cometido. Un

acto terrorista en toda regla que se intuía que iba a ocurrir meses atrás, pero no su forma ni su alcance.

Sin embargo, para Braxton e Irene, como para muchos americanos, sus vidas ya no serían igual a partir de esa fecha: una pequeña prótesis de titanio adherida a algo que se le parecía a una pierna, fue el elemento identificador por el que Braxton reconoció semanas más tarde a Michelle. Posteriormente, las pruebas de ADN confirmarían ese trágico encuentro.

Mientras Braxton dirigía la seguridad del Warkel en el Hotel Ritz, Michelle moría aplastada bajo miles de toneladas de escombros en la torre uno del World Trade Center. Los restos que de ella se encontraron, se los entregaron en una «aséptica» bolsa de plástico. Le hicieron el entierro más digno que pudieron. Sus restos fueron incinerados y enterrados junto a la tumba de sus padres en Nueva York.

Tras el horrible suceso, Braxton solicitó la excedencia en el ejército y dejó de colaborar con la CIA. El experimentado combatiente sucumbió ante la pérdida de uno de sus seres más queridos. Ahora solo le quedaba Irene, la más pequeña de los tres. Se volcó en ella de una manera obsesiva. La sobreprotección aumentó de forma considerable. Algo que Irene no soportaría.

Los atentados terroristas del 11-S, paradójicamente, vinieron muy bien para el Warkel Group. El Congreso americano aprobaría una partida de cerca de 40.000 millones de dólares para gastos en defensa. A las pocas semanas de los atentados, se consolidaron las estrategias de la futura invasión de Afganistán y las posteriores mentiras que servirían para justificar, a continuación, la intervención armada multinacional contra Irak. El Warkel sería el máximo beneficiario de esa partida presupuestaria, así como gran parte del dinero que la administración norteamericana asignaría a los costes que los dos conflictos originarían en el futuro.

España era un elemento esencial de cara a la ocupación de Irak, y no tardó en rendirse al encanto americano. A cambio, los estadounidenses ofrecerían asistencia al Gobierno español en su particular lucha antiterrorista. Washington necesitaba un hombre que se encargara de la conexión española para organizar todo el asunto de la invasión al país de Saddam Hussein y la colaboración del Warkel con los

servicios secretos españoles contra el terrorismo de ETA. Braxton, el ahora coronel en excedencia, un «civil», un ex agente de la CIA, y experto conocedor de las políticas internas de su país adoptivo, era de nuevo la persona más indicada.

Aunque de muchísima responsabilidad, aceptó el puesto entre otras cosas para tratar de sobreponerse a lo ocurrido y junto con Irene empezar una nueva vida en España. Estimó que sería un buen destino terapéutico, sobre todo para ella. Si bien, Braxton seguiría disfrutando de otro tipo de trabajos que le recordaban su ansiado olor a adrenalina.

Sabía de las crisis nerviosas que sufría Irene tras la pérdida de su hermana. Fue un duro golpe para los dos. Pero Irene lo sintió profundamente. La pérdida de Michelle, solo un año mayor que ella, le originó un gran impacto emocional. La dejó huérfana de una parte del alma que ella necesitaba, de un fragmento que Irene anhelaba encontrar y en cuya búsqueda se afanaba para poder dar sentido a su vida.

—Mi hermana ha tenido un serio percance —continuó Braxton—. Al parecer ha intentado quitarse la vida. Prefiero que lo sepáis. Os pido la discreción más absoluta.

Ángel y Vicent no querían creer lo que estaban oyendo. Ambos la conocían bien. Una mujer que les cautivó con su asombrosa perspicacia y su tremendo encanto. Braxton, a los pocos meses de llegar a Barcelona, la empleó en el departamento de Altas Tecnologías. Imaginó que trabajar en algo relacionado con lo que había estudiado y enseñado le vendría bien para distraerse un poco. Sus trabajos sobre nanotecnología aplicada a superconductores impresionaron a todo el mundo. Es más, los nuevos dispositivos microelectrónicos incorporados a los sistemas de detección por calor utilizados por los satélites espía americanos para la localización de personas u otros objetos, llevaban su impronta. Unos trabajos que fascinaron a todo el consejo administrativo de la empresa menos a Braxton, conocedor del alcance de su potencial intelectual. Lo que para ella era un simple juego, para los demás suponían años de intenso trabajo.

Vicent lo sintió especialmente. Todavía recordaba cuando Irene le pidió hacía unos meses que fuera su cómplice para presionar a la empresa Lektion Zwölf, a cuenta de un fallo de *software* en uno de sus

productos informáticos. También era buena en los negocios. Toda una estratega. Lo había aprendido de Braxton.

No obstante, lo que más ansiaba Irene era distanciarse de la sombra de su hermano. Quería escapar de él, hacer su propia vida como la de los demás jóvenes de su edad, conseguir un trabajo por ella misma. No aguantaba la severa tutela a la que estaba sometida. A Braxton no le quedó más remedio que aceptar su decisión. Le costaba reconocer que su hermana había dejado de ser una niña. No podía hacer nada: su labor como tutor estaba casi concluida. El destino de Irene sería Valladolid.

—No te preocupes por eso —dijo Ángel—. Guardaremos silencio absoluto.

—Creo que voy a estar algún tiempo fuera de Barcelona —dijo Braxton.

—Tómate todo el tiempo que haga falta —apostilló Vicent—. Nos ocuparemos de los detalles.

Se despidió de Vicent y de Ángel. Subió al coche y ordenó al chofer que se dirigiera al aeropuerto privado que la empresa tenía a las afueras de Barcelona.

En pleno vuelo, las reflexiones sobre lo ocurrido le confirmaban los presagios que de vez en cuando le despertaban por la noche. Sin embargo, el actual estado de Irene no fue debido precisamente a las depresiones causadas por la pérdida de Michelle. Y aunque influyeron muchísimo los problemas provocados por la particularidad de su cerebro..., tampoco fueron el detonante definitivo.

Desde el jet realizó una llamada por el móvil.

—Estaré hospedado en el Hotel Mozart de Valladolid. Llévame todo lo que tengas —dijo.

—No te va a gustar —contestó una voz seca al otro lado del teléfono.



### III

*Inicios de la primavera de 2006*

*En un cortijo próximo a Coria del Río, Sevilla*

SEGÚN CAMINABA SE IBA INCLINANDO LIGERAMENTE PARA TENTAR LAS BOTAS DE solera próximas al suelo. Recorría los callejones creados por las imponentes pirámides que formaban las botas de vino, con paso lento, muy concentrado, percibiendo lo que le transmitía el tacto de su mano. El maestro bodeguero y su joven aprendiz, ambos de corto, lo seguían unos metros por detrás, en silencio, observando todo lo que hacía; no sin cierta preocupación, pues había amanecido un día bastante lluvioso y podía deslucir los actos previstos para la jornada.

Ricardo se detuvo un instante y la improvisada escolta hizo lo mismo guardando una prudencial distancia. Su mano comenzó a deslizarse muy suavemente por el vientre de una bota.

—¿Qué está haciendo, maestro? —susurró el aprendiz al bodeguero.

—Está tentando las botas —le contestó el bodeguero también susurrando sin dejar de mirar a Ricardo—. Espero que te acuerdes de este día. Ya no vendrá más.

—¿Y para qué?

—Es capaz de percibir si el fino está ya hecho con solo poner las manos sobre ellas. Tiene un don que lo hace especial.

El joven aprendiz no creía lo que le estaba diciendo su maestro. Pensó que se estaba riendo de él, gastándole una broma como otras veces.

—¿Y nunca se equivoca? —preguntó el aprendiz, suspicaz.

—Llevo muchísimos años viéndole hacer lo mismo y hasta ahora siempre nos ha sorprendido. Él «nunca se equivoca».

Reanudó la marcha y tras él los inseparables custodios. Conforme acariciaba a su paso las soleras y las criaderas de las andanas superiores, se deleitaba con el ambiente de la bodega —recientemente refor-

mada—, que con el día lluvioso que hacía se tornaba aún más acogedora.

De repente, se detuvo de nuevo. Arrugó el rostro, frunció el ceño; el tacto le transmitía algo mucho más fuerte que la vez anterior. El maestro bodeguero se paró frenando el paso del aprendiz anteponiéndole el brazo, advirtiéndole con un gesto que observara la actitud del escoltado. Ricardo se agachó, y con las dos manos palpaba la cabeza de una bota. Lo hacía lentamente, barriando toda la superficie circular de la parte delantera. Después se incorporó, y fue deslizándose de nuevo las manos por la panza, entre el pequeño espacio que le dejaban las botas de crianza de la andana superior. Los dedos escudriñaban la zona del esquite donde se pararon por un momento. Sus manos hacían las veces de un ecógrafo. Podía percibir a través de ellas lo que sucedía en el interior de las botas cual vientres maternos. Podía percibir cómo se iba desarrollando el fruto que las duelas protegían.

Tras unos instantes, la mano derecha se adelantó a la izquierda tratando de llegar a los cinchos de hierro posteriores de la bota. Allí, forzando una inclinación hacia adelante del resto del cuerpo, permaneció unos segundos palpando la zona de atrás. Posteriormente, y aliviando la tensión de la postura corporal, la mano regresó a la zona del esquite deslizándose con mimo y dibujando pequeñas eses que incidían en el táctil interrogatorio a las duelas. A continuación, rehizo la postura, se puso vertical, se retiró unos pasos hacia atrás de la bota inspeccionada y, llevándose las manos a la espalda, se giró hacia el bodeguero. Con un rostro inexpresivo le dijo:

—Quiero que me trasieguen el fino de esta bota a un barril de 16 litros. Creo que con eso será más que suficiente. Prepárenmelo para la hora del canapé. Se servirá en la explanada de siempre: la de la fuente con vistas al tentadero. Solo quiero el barril, el potro y los catavinos..., el redor nunca me ha hecho falta, no es necesario que lo pongan.

—Pero ¡¿cómo vamos a dar el canapé ahí con la que está cayendo?! —exclamó el atrevido aprendiz.

El particular bullicio con el que las gotas de agua golpeaban la cúpula de la cubierta de la bodega, se vio alterado por una sonora colleja que el bodeguero propinó a su impulsivo acompañante. De los orificios de la nariz, le salieron unas enormes pompas de color verde

que desaparecieron tras un fugaz paso de la manga de su chaquetilla. El bodeguero lo miró como perdonándole la vida. Ricardo, desde su distancia, enarcó las cejas y clavó sus ojos en los del ruborizado chaval. Este sintió un pequeño escalofrío. Era la primera vez que aquella intimidatoria figura se dirigía hacia él de una forma tan directa.

—Francisco, ¿nos puede disculpar un momento, por favor? —dijo Ricardo.

El bodeguero se fue hacia la entrada de la bodega y allí esperó. Conocía de sobra el humor de Ricardo y cómo se las gastaba. Pensó que le caería una buena a su indisciplinado alumno.

—Acércate chaval —le ordenó Ricardo con una sepulcral voz—. No tengas miedo.

Ricardo era un excepcional sumiller de reconocidísimo prestigio en los íntimos círculos vinícolas y gastronómicos que frecuentaba. Se ganaba la vida alquilando los saberes de su profesión por las distintas comidas, cenas, celebraciones y fiestas privadas donde requerían sus servicios. Hacía las delicias de reyes, grandes empresarios, políticos, aristócratas, esnobs... y de todo aquel que le pagara una buena suma de dinero. Si bien, no comulgaba con ese tipo de personajes a quienes prestaba su oficio: el único vínculo que mantenía con ellos era exclusivamente económico.

Tenía una genial «alteración» en el cerebro; extraña, sí, pero no por ello desconocida para el mundo científico, un secreto que se guardaba y que, por el momento, nunca había revelado a ningún mortal. No obstante, esto era lo de menos. Lo que le hacía excepcional es que no solo era reconocido a nivel nacional e internacional, sino que también lo era en el mundo del más allá, de lo sobrenatural..., y esto sí que no era explicable por discurso racional alguno. Mantenía contactos con lo esotérico o, mejor dicho, formaba parte de él. Estaba de alguna manera hermanado con cierta Forma divina, la misma que bajo su influjo le había enseñado cómo entender y proteger todos los secretos del vino. Sin quererlo, transmitía una energía de violenta tranquilidad, de odiosa ternura enamoradiza, de enigmática claridad, además de ser soberbiamente humilde a pesar del lujo que lo rodeaba. Cualidades que atraían y repelían a la vez a todo aquel que lo conocía.

Sobrepasaba en poco los sesenta, pero aparentaba muchísima menos edad. Era alto y de figura estilizada, distinguido, elegante, de frondoso pelo oscuro que se ocultaba tras un salpicado manto de canas. Tenía unos clarividentes ojos del color de la miel. De tez morena y facciones duras, las propias de aquellos bustos que recordaban a los afamados clásicos griegos, con arrugas sabias, pero vacías de tiempo. Del trajeado negro, despuntaba únicamente su corbata de seda roja anudada al cuello con un perfecto nudo cruzado. Provocaba una imagen de imponente respeto. En un mundo en el que todos saben de vinos sin haber vendimiado, solo hablaba de ellos cuando era estrictamente necesario y de manera contundente. Nadie que lo conociera se atrevería a discutirle todos aquellos aspectos relacionados con el vino; ya se tratara de vinos españoles como de cualesquiera otros elaborados en cualquier rincón del mundo. Nadie que lo conociera se atrevería a decirle cómo se tenía que ejecutar un perfecto servicio del vino, ni cuestionarle cuándo y dónde se tenía que celebrar el aperitivo.

El aprendiz recorrió el trecho con el rostro mirando al suelo, con las piernas temblequeantes, y con las manos sujetando por delante su pequeño sombrero cordobés. Al llegar a la altura de Ricardo se detuvo y permaneció en silencio con la cabeza todavía gacha. Esperaba oír una reprimenda..., o ser nuevamente golpeado en la nuca por aquella efigie que tanto temor le infundía. Pero...

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó hierático Ricardo.

—Cayetano, señor —balbuceó—. Pero en el colegio me dicen «el Picao», por la cantidad de pecas que tengo en la cara.

Cayetano no era muy agraciado, más bien extraordinariamente feo. Vivía con sus padres en una pequeña casa de campo muy apañada dentro del inmenso cortijo, próxima a la mansión de los señores. Sus progenitores le pusieron un nombre muy distinguido para compensar su caricaturesco aspecto. Andaba muy escaso de carnes y tenía una estatura algo baja para su edad. De su rostro pálido, lleno de pecas, emergían unos enormes ojos verdes saltones como los de una rana. Su cabeza era picuda como un melón y estaba rapada por ambos lados y por la nuca, solo de la parte central surgía una mata de pelo: una especie de desaliñado seto de color rojo teja. La nariz, larga, afilada, acabada en un enrevesado gancho, y en cuyas ventanas nasales todavía que-

daban restos de mocos. Sus orejas, portentosos paravientos. La boca, pequeña, ligeramente torcida, acotada por unos labios agrietados de los cuales sobresalían unos espantosos paletos como parte de un irregular dentado. Me duele admitirlo: Cayetano era feo de cojones, difícil de ver, desagradable a la vista. No obstante, alguien me diría que Ricardo pudo percibir en ese grotesco semblante un conjunto global bien ordenado, armónico, un pequeño cosmos del cual emanaba mucha inteligencia e imaginación... y muchas otras cosas.

—Ya lo veo. Sí que tienes muchas pecas —dijo Ricardo, alzándole la barbilla con la mano y bosquejando una pequeña sonrisa—. ¿Cuántos años tienes? ¿No eres muy joven para estar aquí?

—Tengo doce, casi trece, señor. Algunos días después del colegio y los fines de semana vengo a echar una mano en la bodega. Mi padre es el mayoral, y mi madre me dice que vaya aprendiendo un oficio..., que estudiar no da dinero.

—Así que, tú, eres el hijo de José.

—Sí, señor —respondió Cayetano, con un tono más confiado.

—¿Y cómo no estás aprendiendo el oficio de tu padre?

—Me gusta más la bodega. Mientras mi padre está con el ganado, Francisco se encarga de enseñarme algunas cosas. A veces me da collejones..., como ahora. Dice que no me entero de nada, que hablo mucho, que me meto en conversaciones de mayores, que soy muy travieso y siempre las estoy liando. —Y se marcó una pequeña sonrisa mostrando sus irregulares piños.

—Verás..., para la hora del canapé seguramente se habrá despejado el día y quedará una buena jornada —dijo Ricardo inclinándose hacia él.

El muchacho no entendía nada. Pensaba que se estaba riendo de él. Le molestaba bastante que lo trataran como a un tonto, como a un pobre lazarillo al que nadie hacía caso por ser tan feo.

Le tenían que bajar al pueblo todos los días para llevarlo al colegio. No había otros niños con los que poder jugar en el cortijo, estaba solo. Así que, en compañía de nadie, se divertía con lo que tenía a mano. Le gustaba hostigar a las lagartijas, lagartos, serpientes y demás reptiles que tanto abundaban. Raposeaba nidos. Con una cruel sonrisa, ahogaba hormigas e inundaba sus hormigueros con un ar-

queado chorro de orina procedente de su incontenible vejiga. Disfrutaba tirando con la carabina de aire comprimido a las pinzas con las que su madre tendía la ropa. Como buen bético que era, salía completamente uniformado con la vestimenta del equipo, y con su inseparable sombrero cordobés a modo de complemento, a jugar en la parte trasera de la casa. En el entretenimiento futbolero recordaba casi a diario las relaciones causa-efecto: a cristal roto por un balonazo, su madre corriéndole por el cortijo zapatilla en mano.

Ordeñar a las mansas y ayudar en las demás tareas del cortijo formaban parte de sus distracciones. Y espiar a las chicas del servicio y asustarlas con repentinas salidas de algún sitio insospechado de la mansión, también. Lo malo de ser el único muchacho de su edad de por allí es que era el blanco de todas las sospechas cuando ocurría algo «raro»: siempre que desaparecía alguna cosa en extrañas circunstancias, se iba en busca de Cayetano; si se rompía alguna pieza de la maquinaria agrícola, se iba en busca de Cayetano; si parte del ganado presentaba un comportamiento anormal, se iba en busca de Cayetano; si los pavos reales revoloteaban cambiando bruscamente de dirección, para susto de alguna sirvienta de cabeza fingida, pues pensaba que aquellas conductas animales eran un mal augurio o una maldición que se cernía sobre el cortijo..., siempre se iba en busca de Cayetano. Este, en solemne confesión altiva y encajando con orgullo, como buen caballero bético que era, la somanta de palos que le iba a caer a continuación, desahogaba sus remordimientos pasajeros diciendo cuántas cosas se había agenciado, cuántas había roto y, para alivio de aquella supersticiosa sirvienta, también declaraba imperioso con qué vinos había emborrachado al ganado y a los pavos reales. Era toda una institución en el arte de la gamberrada. Su nombre se oía a todas horas por el cortijo. Recibía collejas de todo el mundo y recorría varias veces al día los pasillos de la mansión tirado de las orejas. Nadie le tenía el más mínimo respeto, ni tan siquiera sus padres se preocupaban por él en lo más importante como era su educación.

—Pero ¿usted cómo lo sabe?, ¿es usted brujo?

—No soy ningún brujo. Dejémoslo en que simplemente lo sé. Hoy quiero que seas mi ayudante, ¿vale?

La criatura lo miraba boquiabierta.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Quiero que vigiles mi habitación. No me gusta que me molesten cuando me estoy preparando para mi trabajo. Cuando falte exactamente un cuarto de hora para dar el canapé quiero que me avises. Después me acompañarás para servir el fino.

Ricardo metió la mano en un bolso interior de su americana. Sacó la cartera, la abrió, hurgó por unos instantes y extrajo un billete de cincuenta euros.

—Toma. Esto es un adelanto por el pequeño trabajo que tienes que hacer hoy.

Cayetano se quedó pensando durante unos segundos.

—Es mucho dinero. Nadie me ha dado una propina tan grande.

—Toma, cógelo —insistió Ricardo—. Si haces bien tu trabajo, te daré cien euros más... Y espero que te los gastes en libros y en cosas para el colegio. Ser un buen bodeguero no es incompatible con aprender lo que a uno le enseñan en la escuela.

El mozo, complacido, trincó los cincuenta euros y se los metió por el fajín que ceñía su esquelética cintura.

—¡Otra cosa! —continuó Ricardo, dirigiendo la mirada hacia el improvisado pañuelo de Cayetano—. Quiero que te cambies esa chaquetilla. Tienes la manga derecha sucia. Vas a ser el centro de atención de los invitados, y no querrás que se lleven una mala impresión de ti, ¿no? Ponte la chaquetilla más bonita que tengas. Y no digas a nadie lo de nuestro acuerdo..., es un secreto.

—Lo que usted mande, señor.

El rostro de Cayetano rezumó alegría, ilusión. Pero lo más importante era que alguien, un desconocido que apenas conocía de unos minutos, le había asignado una tarea digna de hacer..., de «colosal responsabilidad». No podía fallar a ese caballero que le dispensó tan respetuoso tratamiento: el que echaba de menos de sus más próximos. Imaginaba hacer un trabajo muy importante: de los que pasarán a formar parte de los anales históricos del cortijo. Era la primera vez que asistía a un acontecimiento como ese. Había visto otros de menos boato muy a escondidas, desde lejos, con unos prismáticos que cogía de prestado a su padre y que este utilizaba para recechar en las

monterías. Pero en ninguno de ellos había estado presente Ricardo. Dedujo que solo en los más significativos también se requerirían a otro tipo de personas muy notables que estuvieran a la altura.

Aunque faltaba algo más de dos horas para el canapé, se fue corriendo a prepararse para tan gran hazaña. Mientras tanto, Ricardo, en un absoluto silencio, permaneció solo durante algún tiempo contemplando las reformas que se habían efectuado en la bodega, paseando entre columnas, arcos y botas de vino, admirándose con lo que los colegas de su otra pasión habían sido capaces de crear. Aparte de sumiller, también era un consumado escultor y pintor, y un gran aficionado al arte en general: una faceta de su vida conocida por muy pocos, puesto que de sus creaciones artísticas solamente se complacían los que estaban al otro lado del mundo de los mortales.

La bodega estaba situada en la parte posterior de la mansión del cortijo. Una residencia construida según los cánones de la época victoriana, con influencias neogóticas y adornada en su exterior por varias fuentes de inspiración renacentista, emplazadas en bellos jardines perfectamente cuidados condescendientes con los escarceos amorosos y afanes reproductivos de pavos reales y otras aves de alta alcurnia. A esto había que añadir un no menos coqueto tentadero de barrera y burladeros de madera pintada en sangre paloma, con un pequeño tendido de dos gradas corridas, donde el señor Eduardo, el dueño del cortijo, se despachaba a gusto dando muletazos a las añejas. Pasar a novillos de tres y hasta de cuatro años en ruedos principales era un reto que sus menguantes niveles de testosterona no podían tolerar. El cortijo presentaba marcados contrasentidos producto de la imaginación excéntrica del acaudalado propietario de ancestros británicos. Además de toros, la finca contaba con los animales necesarios para el disfrute de la caza: corzos, gamos, jabalíes, zorros, conejos, liebres, perdices...

Contrastando con la estética anglosajona, la bodega era una construcción vanguardista imitando la arquitectura hispanomusulmana existente entre los siglos VIII y XI, provista de ciertos elementos domóticos que controlaban la temperatura, la humedad y la luz. Estaba subdivida en tres naves. La nave central, algo más ancha que las otras dos, estaba definida por ambos lados mediante una serie de arcos lobulados y otros entrelazados, todos ellos de mármol blanco, los

cuales descansaban sobre unos capiteles de formas corintias. Estos, al igual que las basas, presentaban atauriques de imitación a marfil con incrustaciones de circonitas que, en días luminosos al ser atacadas por los rayos del sol, se defendían proyectando un espectacular concierto de centelleos policromados. El fuste de las columnas era de tipo salomónico, también de mármol, de sutil verde, donde los dedos de Ricardo se entremetían por las suaves y retorcidas roscas que este tipo de fustes presentan. Sin embargo, Ricardo no solo percibía propiamente la suavidad del mármol: le evocaba sabores a bombón y melódicas notas de vals vieneses.

A mitad de la nave principal, una cúpula de metacrilato de forma bulbosa interrumpía la bóveda mayor en el centro. La composición especial con el que estaba fabricado el metacrilato podía transformar la luz natural en otros colores más tenues, rosáceos o violáceos, con solo apretar el botón de un mando a distancia. La cúpula se asentaba sobre unas pechinas de corte bizantino que permitían realizar la transición de la estructura circular a la cuadrangular, dando lugar a las impresionantes bóvedas de crucería que se repartían por toda la bodega, en las cuales había plasmados unos frescos de jinetes con aires enigmáticos, cuyas garrochas conducían el ganado bravo por campos de ensueño que solo la refinada técnica del artista podía materializarlos tal cual los entreveía en su imaginación. El suelo era un inmenso mosaico de pequeños baldosines blancos, azules, asalmonados y otros bañados en color oro. Estaban dispuestos de tal forma que dibujaban escenas de grandes banquetes y motivos vitivinícolas de ambientación egipcia —todo un deleite aromático, visual, gustativo y musical para Ricardo—. No había muros exteriores sino arcos de herradura, que recorrían todo el perímetro de la bodega, compuestos por dovelas rojas y blancas, muy al estilo de la época califal cordobesa, y columnas de mármol blanco. Entremedias de estas columnas y arcos, revistiendo todo el edificio, toda una diafanidad creada también de metacrilato, de gran grosor, que al igual que el de la cúpula, podía cambiar a tonos oscuros con solo apretar un botón, preservando así la intimidad de las criaderas y soleras.

La exhaustiva recreación de Ricardo se detuvo por la irrupción de un pequeño grupo de camareros y personal de servicio, presurosos por

refugiarse en la bodega y librarse de la lluvia. Con gran estrépito, iban dejando sillas, mesas, centros..., y todo lo necesario para improvisar una comida en el interior de la bodega. Parecía indicar que alguien se estaba poniendo nervioso, y quería llevar a cabo el «plan B» en caso de que la lluvia persistiera. Ricardo buscó la salida y se fue hacia la mansión. Entró por la parte de atrás ligeramente mojado. No le importaba, es más, disfrutaba rociándose con el agua de lluvia primaveral que tantos aromas y notas musicales le evocaban.

Ya en el interior, en la planta baja, observaba el ajetreo del servicio en la preparación del canapé y la posterior comida. Se fue directo a la cocina un tanto molesto. Entre pinches, fogones y hornos, se acercó a un rechoncho cocinero de uniforme blanco y sombrero propio de la profesión. Tenía un rostro molletudo cruzado por un gran mostacho de antiguo sargento criollo colonial. En los ademanes y resoplidos que efectuaba, cargados de resignación y desencanto, se leía que sus esfuerzos culinarios podrían resultar baldíos si el día no acompañaba.

—¿Cómo va la caza? —preguntó al cocinero.

—Se está haciendo —le contestó mientras troceaba unas setas.

—¿Quién ha ordenado instalar la recepción en la bodega?

—El señor Eduardo, persuadido por ese nuevo mayordomo íntimamente recomendado..., que lo único que sabe hacer es comer y emborracharse a escondidas, ya sabe. No se enfade conmigo. —Se había dado cuenta de lo irritado que estaba.

—¡Estupendo! —apuntó mientras se iba.

—¡Espero que no se equivoque! También está en juego mi prestigio.

—¡Nunca me equivoco! —Y salió de la cocina.

Era sábado y el ambiente estaba impregnado de los traviosos modos con que se presentó la primavera hacía un par de semanas. El día amaneció muy cubierto, y pronto las nubes empezaron a desaguar con mucha intensidad. A primera hora de la mañana, Ricardo, reunido con el anfitrión, el mayordomo y el cocinero, fue quien impuso que la jornada discurriera como se había establecido el día anterior; sin realizar ningún cambio de última hora, siguiendo el protocolo. Ricardo insinuó que, para la hora indicada, el cielo se abriría dando paso a una hermosa jornada y que se comenzaría a disfrutar con los primeros sa-

bores de los canapés y posterior comida. «El aire limpio que la lluvia deja después de caer y el calor fresco, son elementos para un maridaje perfecto que no podemos desaprovechar», les dijo. Una insinuación que no gustó al mayordomo ni al cocinero, pero que el anfitrión aceptó con alguna reserva. En la reunión matutina se había hablado de hacer tanto la recepción como de servir la comida en el interior de la bodega; y la cena realizarla en el salón de invitados. Una solución que ante el aciago día estaría muy bien pensada, sino fuera por la oposición de Ricardo.

Caminando siempre con las manos en la espalda, iba respondiendo a los saludos de camareros, doncellas, azafatas y de algunos de los auxiliares del personal del *catering* de apoyo que él mismo seleccionó.

—Comuniqué al señor Eduardo que todo se mantiene tal como hemos acordado esta mañana. Que me llame al teléfono de la habitación —ordenó Ricardo al secretario personal del anfitrión que por allí pululaba.

Se dirigió hacia la escalera que le llevaría a la tercera planta, la última. Cuando llegó, giró a la derecha y, por el largo pasillo de amplias ventanas, caminaba poniendo la vista en su habitación. Allí, pudo divisar una enclenque figura que custodiaba la puerta.

—¡Has sido muy veloz! —exclamó Ricardo—. Llevas una chaquetilla muy graciosa..., azul clara, de sabor a vainilla y de formas heptagonales. Me gusta. Te sienta muy bien.

—¿Qué? Gracias, señor. —Cayetano se quedó algo pensativo, sin comprender muy bien lo que había oído.

—¿Te gusta el zumo de naranja?

—Sí, señor.

Hizo una llamada por su teléfono móvil, y a los pocos minutos apareció por el pasillo un camarero con una bandeja en la que portaba un sándwich, un gran vaso de zumo de naranja con una pajita y algunas servilletas de papel. Ricardo tomó la bandeja, despidió al camarero, y la dejó en una mesita de decoración que había debajo de una de las ventanas del pasillo, justo enfrente de la puerta de la habitación. Acto seguido, entró en esta y al poco tiempo regresó con una silla de estilo regencia, forrada de terciopelo cárdeno, y que puso al lado de la mesita.

—Aquí tienes —apuntó Ricardo—. Para que la espera te sea más cómoda. Tienes que coger fuerzas para el trabajo que te aguarda. —Sonríe—. Y no quiero que te manches...

—Descuide —respondió Cayetano, sentándose en la silla y arriándose a la mesita para dar cuenta del improvisado festín.

Ricardo se metió en la habitación, se trancó por dentro, y allí dejó a su guardaespaldas devorando el sándwich y dando tientos al zumo de naranja.

## IV

CAYETANO SE IMPACIENTABA. Veía desde la ventana cómo los lujosos coches iban dejando a los primeros invitados en la entrada de una improvisa carpa, la cual los protegía de la lluvia durante el pequeño trayecto hacia la puerta principal de la mansión.

El atento personal de servicio recogía las pequeñas maletas y los equipajes de mano de los invitados, a la vez que los dirigían hacia el *hall*. Allí, el señor Eduardo, con el aplomo de aristocrático sesentón, con su barba cana perfectamente arreglada, trajeado de un azul oscuro diplomático muy al estilo inglés, disimulaba su inquietud ante un día que aparentaba conjurarse contra sus intereses económicos y su reputación. Los recibía junto a su mujer Isabel, veinte años más joven, seducida y enamorada tiempo atrás, no de forma difícil, en un burdel del extrarradio sevillano. Era una mujer generosa en las curvas de la sensualidad, con una melena en la que se reflejaba el rojo de una puesta de sol y unos deslumbrantes ojos de gata, los cuales se prestaban solícitos a equilibrar las pequeñas infidelidades que el tiempo ya plas-maba en su rostro. Cuando cumplí más años, me enteré que siendo más joven se metió a lo de puta para encontrarse a sí misma. Yo pensé que para esas cosas la gente viajaba a la India. Por lo visto andaba equivocado. En su época también debía haber muchas personas que peregrinaban a los clubs de carretera para entregarse a otro tipo de nirvana guiado por el espíritu de Johnnie Walker, y amenizado con unos cuantos latigazos que repartía alguien uniformado de oficial del ejército alemán. Pero, al parecer, la señora Isabel no se buscó por mucho tiempo, y lo que encontró fue a un calzonazos lleno de dinero, y su promiscuo cuerpo pasó a pertenecer a un solo cliente. Ahora ocultado por un discreto y elegante vestido de color amarillo, aún conservaba el *sex-appeal* conquistador del deseo, las joyas, las herencias y los «te quiero». Sin embargo, en el fondo era una mujer de buen corazón en la que se podía confiar. Posteriormente, después de cambiar impresio-

nes con los invitados recién llegados, estos eran guiados hacia sus estancias donde permanecerían hasta que fueran llamados para la hora del canapé.

Cayetano miraba insistentemente su destartalado reloj de pulsera Spiderman. Faltaba poco tiempo para que avisase a su «protegido», y la lluvia no dejaba de caer. La ansiedad del muchacho era notable. En ese preciso momento, por el pasillo se aproximaba un pequeño grupo formado por cuatro domésticos que acompañaban a un mantecoso mayordomo. El pequeño, al ver la celeridad con la que el grupo se acercaba, se levantó del pequeño trono, se adelantó varios pasos, se ajustó la chaquetilla y, con mucha chulería, se caló el sombrero cordobés dispuesto a dar el alto a la cuadrilla.

—¡Alto! —exclamó Cayetano, con gallardía torera y poniéndose de jarras—. ¿Adónde van ustedes?

—¡Lo que me faltaba! Cuasimodo impidiéndome el paso. ¡Quítate! Venimos a hablar con Ricardo —respondió el mayordomo.

—El señor Ricardo me ha ordenado que no deje pasar a nadie. No quiere que lo molesten.

La quijotesca figura de Cayetano y sus peculiares dotes de mando, provocaron las risas de los sirvientes. Por supuesto, no podían tomarle en serio con toda la que se estaba organizando.

—¡Quítate del medio! —gritó el mayordomo—. No nos hagas perder el tiempo. No estamos para juegos.

—Lo siento, pero no les puedo dejar pasar —insistió Cayetano frunciendo el ceño.

El mayordomo se abalanzó hacia el pequeño tratando de apartarlo con sus manazas... No consentiría que un mocoso tan ridículo le impidiera llegar hasta Ricardo. Cayetano, lejos de acobardarse, respondió quitándose las zarpas de encima y tratando, a la vez, de empujarlo para obstaculizarle el paso... No quería romper bajo ningún motivo el trato apalabrado. En el desigual forcejeo, el sombrero de Cayetano voló por los aires dejando al descubierto su espantoso corte de pelo, provocando nuevamente las carcajadas de los camareros que escoltaban al mayordomo. Este proseguía el avance a pesar de los empujones del crío. Cayetano, consciente de su inferioridad, optó por agarrarse como una lapa a una de sus grasientas piernas frenándole

la marcha: una acción que también resultó baldía, puesto que aquel mastodonte fue capaz de andar un par de pasos con el muchacho adosado a la pierna y aproximarse a la puerta. Cuando el mayordomo se disponía a llamar, Cayetano le arreó un tremendo mordisco en el muslo con tal fuerza que le arrancó parte del pantalón, pudiéndose comprobar después la marca del dentado impresa en la carne. El mayordomo soltó un descomunal alarido, al que siguió un furioso agarrón a la mata de pelo del muchacho. Le zarandeó la cabeza de un lado a otro. Le tiró con tanta fuerza del pelo que al final consiguió quitárselo de la pierna. El pobre Cayetano, a merced de la iracunda bestia, recibió una brutal bofetada que lo desplazó hasta el final del pasillo, estrellándose contra la pared. Allí quedó el pequeño tendido en el suelo, semiinconsciente.

Desde el otro lado del pasillo, se acercaba un joven y apuesto camarero, correctamente uniformado, alto, fornido, de brillante melena negra empapada en gomina y perfectamente peinada hacia atrás. Andaba con un paso marcial, firme y con el semblante muy serio. Había presenciado toda la escena. Se juntó con el grupo, el cual mostró cierta extrañeza ante la nueva incorporación. Pensaron que sería alguien del personal del *catering* de apoyo mandado llamar por Ricardo. El camarero se unió a un grupo que permanecía en un mutismo que evidenciaba el abuso y la desproporción de lo sucedido. El mayordomo, entre grandes gestos de dolor, se llevaba las manos a la pierna palpándose el mordisco, a la vez que escuchaba cómo el cerrojo de la puerta de la habitación de Ricardo, se deslizaba por el agrio silencio. Todos recompusieron la figura ante su eminente salida..., todos menos el camarero recién incorporado, quien no ocultaba una actitud distante con respecto del grupo.

Ricardo abrió la puerta y apareció vestido de corto, presto a realizar su inmediata función. Iba ataviado con una chaquetilla blanca, muy luminosa, ribeteada toda ella por un espectacular bordado hecho con hilo de oro. Con camisa blanca plisada y pantalón negro, rematado al final de las perneras con unos caireles de oro a juego con el bordado de la chaquetilla. El fajín de arrumbador azul cielo, estilizaba aun más la imponente figura. Los relucientes botines negros guiaban la altivez de sus pasos, concluyendo la fenomenal planta.

La cuadrilla se echó hacia atrás impresionada por el porte y la elegancia con la que iba vestido. Luego, se arremolinaron a su alrededor con una coordinación pasmosa, ocultando de su vista al pobre Cayetano que seguía tendido en el suelo. Mientras le asaeteaban muy ansiosos con preguntas a cuenta de la recepción, Ricardo, ausente a todos esos interrogatorios y exclamaciones, enfiló la mirada hacia el camarero que estaba ligeramente apartado de los demás. No lo conocía de nada. No lo había visto nunca. No era el que se le aparecía habitualmente. Sin embargo, la Forma que desprendía le era muy familiar; tanto, que otras iguales le acompañaban desde el mismo día en que nació, reconociendo su significado a medida que se hacía un hombre.

Las miradas de ambos se encontraron suspendidas en la dimensión y en el instante, en la oscuridad y en la claridad. Ricardo intuyó lo que le transmitían aquellos ojos negros. La presencia de ese camarero —un *daimon*<sup>2</sup> que servía de enlace entre lo divino y lo humano— era una señal: el anuncio de que su vida estaba próxima a su extinción con el inicio del siguiente reposo vegetativo. De alguna manera, Ricardo estaba como en otras ocasiones conforme, y asumía ese tipo de presencias y lo que ellas deparaban sin que él pudiera hacer absolutamente nada, pues eran ellas con sus acciones las que guiaban su vida. El envío de aquella Forma tan hermosa revoloteando por la tienda, las llamadas de la parca y ahora este daimon, le indicaban que ya no había marcha atrás, que por fin ya estaba todo decidido.

Casi al tiempo, las miradas de ambos sortearon las cabezas y los hombros de los miembros del grupo, y pudieron ver al final del pasillo al inerte Cayetano. Quiso dirigir de nuevo la vista hacia el camarero, pero este ya no estaba en su sitio. La figura del enigmático sirviente se perdía por el pasillo dirigiéndose hacia la escalera.

Ricardo volviendo en sí exclamó:

—¡Señores, ha dejado de llover! Quiero que saquen inmediatamente de la bodega todo lo que esta mañana se ha montado allí. Tienen exactamente veinticinco minutos para instalarlo de nuevo en la explanada de la fuente, como en un principio se ordenó. Sobre el suceso que acaba de ocurrir —continuó Ricardo, hincando sus ojos en los del mayordo-

<sup>2</sup> Del griego δαίμων, divinidad inferior, genio, espíritu; voluntad de los dioses; destino; espíritu de los muertos; fantasma; espíritu del mal... En latín, *daemonium*, demonio. (N. del A.)

mo—, no piensen que la cosa va a acabar aquí. ¡Vamos, ¿a qué esperan?! ¡Muévanse!

El mayordomo y los otros cuatro acompañantes tras echar un vistazo rápido por la ventana del pasillo, comprobar que ya no llovía y que el cielo parecía abrirse, se marcharon corriendo a toda prisa desapareciendo por la escalera. Ricardo recogió del suelo el sombrero de Cayetano y se fue hacia él. Cuando llegó a su altura se acuclilló, le examinó el rostro, la cabeza y como tratándole de reanimar le dijo:

—¿Estás bien? Tienes un buen chichón en la nuca.

—El gordo me ha pegado —contestó Cayetano con una voz muy débil—. Lleva trabajando aquí unos meses y se cree el amo del mundo.

—Lo sé. Sé todo lo que ha ocurrido... No te preocupes. Anda, vamos a mi habitación. —Lo ayudó a ponerse de pie.

Se levantó aturdido, pero dando muestras de entereza. Muchos años más tarde, comprendería que el simple hecho de ser el cuartelero de Ricardo aquel día, fue una pretenciosa prueba de fidelidad a la que le sometió el destino..., superándola con éxito. Ya dentro de la habitación, decorada al estilo victoriano, en el cuarto de baño le quitó con mucho cuidado la chaquetilla y la camisa para no mancharlas, dejando su escuálido torso totalmente desnudo. Lo sentó en una banqueta y le colocó en la nuca una improvisada bolsa con hielo que cogió del minibar llevándosela después a la cara. Luego, llamó por el teléfono de la habitación y mandó que subiera una asistenta con un kit de maquillaje. A los pocos minutos, se presentó una atractiva muchacha del *catering* contratado para la ocasión, de apenas dieciséis años, haciéndola pasar al cuarto de baño.

—Quiero que le disimule las ronchas que tiene en el rostro, el ojo... O mejor, maquíllele entero. Hágalo lo más rápido que pueda. No tenemos mucho tiempo —ordenó Ricardo.

La bofetada que le propinó el mayordomo, le había dejado impresas las marcas de los dedos en la cara hinchándole el ojo izquierdo. No era mucha la inflamación, pero la suficiente para que se dieran cuenta de la tenue descompensación ocular. Mientras Ricardo observaba desde la terraza del balcón cómo el servicio preparaba el aperitivo en la explanada, Cayetano ya repuesto del dolor, disfrutaba sintiendo cómo la doncella le extendía con suavidad el maquillaje por todo el rostro.

Las pinceladas de las brochas y las pequeñas presiones, que efectuaba sobre su cara con toallitas algodónadas untadas en aceites, le hacían un relajante masaje facial que el muchacho agradecía; además de no perder de vista a aquella Inmaculada que, como caída del cielo, se iba haciendo un sitio en su corazón. Su pelo era oscuro, resplandeciente, recogido atrás con un espléndido moño adornado con una ramita de almendro en flor. Tenía unos enormes ojos madre selva que inspiraban poesías atormentadas. Su nariz era pequeña. Y sus labios sugerentes conquistaban los sueños húmedos del instinto. Un maravilloso conjunto agitanado estampado en una blanquísima piel regalo de luna, que dejaba entrever la inocencia de la muchacha y que ensimismaba al pequeño Cayetano.

Disimuladamente, desde su posición privilegiada, cuando la doncella se inclinaba hacia él, se fijaba en cómo la Virgen del Rocío se entremetía por el canalillo del candoroso escote que se insinuaba. Entre el pequeño vacío que dejaba la blusa del uniforme, atisbaba cómo los coquetos pechos de la bellísima muchacha realizaban un ligero y sensual baile dentro del sujetador. Los pechos se hinchaban y deshinchaban, iban y venían juntándose en dulces fricciones carnales que sus deliciosos volúmenes se encargaban de envolver. La Virgen del Rocío era llevada en procesión de forma magistral. Del erótico baile, los pechos aireaban aromas de pétalos de jazmín, aromas frescos de juventud, de lluvia sobre piel desnuda, de otros aromas aún no profanados por ningún hombre. Era la primera vez que Cayetano estaba tan cerca de una mujer distinta de su madre. Y de aquellas otras, que en papel, posaban desnudas y veía a escondidas cuando Francisco, el maestro bodeguero, se las olvidaba en algún rincón lujurioso de la bodega. Era la primera mujer que le dispensaba un enamoradizo afecto. Sin duda era su primera experiencia sexual. Una experiencia muy excitante que disimulaba dibujándole algunas sonrisas y que aquella madona le devolvía tímidamente.

—¡Creo que ya está, señor! —vociferó la doncella.

Ricardo volvió al interior de la habitación y se dirigió hacia el cuarto de baño.

—Ha hecho usted un magnífico trabajo —dijo Ricardo con voz firme observando el rostro de Cayetano—. Con esos colores ha recreado a

la perfección sabores de piña y de fresas con chocolate... Y, sobre todo, ha redondeado las aristas que presentaba la cara haciéndolas extraordinariamente agradables al oído.

—¿Eh? No le entiendo, señor —apostilló la doncella ruborizada, pensando en el fondo que no estaba muy contento con lo que había hecho.

—Sí, señora. Un buen trabajo y además rápido. Un deleite estético que bien vale una propina. Aquí tiene, cien euros —dijo sacándose los del bolsillo de la chaquetilla.

Ricardo le cogió la mano y, mirándola fijamente, puso suavemente el billete en su palma, que a continuación ayudó a cerrar. Los ojos de la joven no sabían dónde ocultarse ante la generosa ofrenda. Muy nerviosa, le dio las gracias haciéndole una pequeña reverencia o algo parecido. Recogió el kit de maquillaje y una tierna caída de ojos despidió al recién enamorado Cayetano, quien la idealizó como novia protagonista de sus sueños y memorias.

—Se llama María y vive en Sevilla —dijo Ricardo, inclinándose y echando un último vistazo al retablo—. Está algo nerviosa porque hoy es su primer día de trabajo..., y hasta ahora lo está haciendo muy bien. Que yo sepa aún no tiene novio. Es algo mayor para ti. Pero, quién sabe... —prosiguió, adivinando los pensamientos del chaval—. ¡Anda!, mírate en el espejo y observa cómo te ha dejado. Ahora nos toca a nosotros.

—¿Cómo lo ve? —preguntó el señor Eduardo—. Dejó de llover justo a tiempo, tal y como usted predijo. Parece que se está aclarando el día. Me atrevería a decir que el calor nos va a apretar algo.

—Lo veo todo de muy diversas formas —contestó Ricardo—. Es mejor que se reúna con sus invitados. Algunos de ellos lo están esperando.

—¿Está seguro de que ha elegido bien a su ayudante? —Ojeó carriacontecido a Cayetano—. No quiero errores.

—Es el mejor ayudante que he tenido en muchos años. Por mí y por el chaval —Ricardo miró de soslayo a Cayetano— no se preocupe, estamos preparados.

Mientras el señor Eduardo se marchaba a reunirse con el resto de los invitados, Ricardo y Cayetano aguardaban en el porche de la parte

de atrás de la mansión. Enfrente tenían la fuente que presidía la explanada. El señor Eduardo se les había acercado para intercambiar algunas impresiones de última hora, todas ellas muy superfluas; más bien, se arrimó para tratar de atemperar algo sus nervios, pero viendo a Cayetano como segundo de Ricardo, se le crisparon todavía más.

—Te noto más nervioso que antes —se preocupó la señora Isabel, dejando a un grupo de invitados y saliendo al encuentro—. ¿Ocurre algo?

—Ricardo ha cogido como ayudante al hijo de José. Esperemos que ese niño cabrón no lo estropee. Con esto sí que no contaba.

—Ricardo sabe lo que hace. Nunca nos ha fallado. Será mejor que te tranquilices y disfrutes. Ha dejado de llover y hay un sol magnífico.

—¡Dichoso crío! Le advertí a José que lo encerrara en casa.

—Bueno, cálmate. Es mejor que no te vean nervioso. Verás cómo todo sale bien.

Los invitados estaban reunidos en la explanada como se había dispuesto, esperando la llegada del canapé. De forma ritual, como había hecho en otras ocasiones, Ricardo sería el encargado de comenzar la recepción. Allí, en el porche, podían observar sin ser vistos a las personas que tenían que agradecer con su pequeña representación. No eran más de trescientos los invitados. Todos ellos adecuadamente vestidos para la ocasión; no obstante, el *sport* y no la etiqueta era la indumentaria que más prevalecía, dejando esta última para la noche. Se trataba de un evento íntimo, de negocios, pero camuflado de lúdico, que es el ambiente más propicio para rubricar contratos, apalabrar otros nuevos y fidelizar amistades. Los convidados eran de muy diversa condición. Abundaban importantes empresarios venidos de toda España y hombres de negocios llegados de otros rincones del mundo: Alemania, Francia, Japón, EE. UU. e Italia. Entre ellos se encontraban ex ministros de gobiernos que, una vez acabada su vida pública, se habían pasado a la empresa privada. También había invitados de ornato para dar un toque de *glamour* al asunto: buscadores de fama póstuma y galloferos que mendigaban la última oportunidad entre la élite del esnobismo.

Ricardo salió del porche con Cayetano pegado a su vera. Inspiró profundamente. Una dócil brisa húmeda, recién lavada, de octaedros

regulares, perfumada con azahares, tomillos y romeros, le musitó al oído que todo estaba listo. Se caló el sombrero cordobés y lo ladeó ligeramente hacia la sien derecha.

Cayetano hizo lo mismo bajo la atención de Ricardo, quien en una última revista, le ajustó la chaquetilla y le dijo:

—¿Nervioso?

—Un poco —respondió impaciente Cayetano.

—Si haces lo que te he dicho todo saldrá bien.

Era la primera vez que Cayetano tomaba parte protagonista de un evento como este y, junto con los demás miembros del servicio, compartía la responsabilidad de que todo saliera bien y a gusto de los invitados. Estaba ansioso, hasta el punto que hizo el amago inconsciente de irse para adelante.

—¡Todavía no, espera! —atemperó Ricardo sujetándolo.

Un pavo real acostumbrado a las gentes y viejo en el oficio, se subió a lo alto de la cabeza del bronceo ángel trompetero que reinaba en la fuente, cuyos pies estaban anclados a una Tierra de plateadas extensiones continentales, la cual emergía del agua recibiendo la bienvenida de cuatro delfines de cristal azul saltando a su alrededor. El pavo real abrió en abanico todo su vistoso plumaje, agitándolo inmediatamente de manera experta y fanfarrona. Los invitados dejaron las charlas de cortesía y dirigieron las miradas hacia la espectacular ave. Hecho el anuncio, el ave cerró el abanico, bajó al suelo... y todo comenzó.

Los primeros compases de una guitarra flamenca procedentes de un pequeño tablao próximo a Nueva Zelanda, comenzaron a sonar, a lo que siguió una desgarradora voz de una cantaora que se iba por una siguiiriya de versos hexasílabos y endecasílabos, llenando el ambiente de poesía, magia y emoción. Ricardo, con la izquierda, tomó por el asa un maletín largo y estrecho que estaba sobre una mesita de jardín situada detrás de él. Miró de soslayo a Cayetano y le dijo:

—¡Ahora, vamos!

Los dos se encaminaron hacia la fuente epicentro del convite con paso firme, torero, entrando por un paseíllo hecho a pocos metros de esta, jalonado a ambos lados por miembros del personal de servicio a cuyas espaldas se encontraban mesas llenas de bandejas con canapés

preparados para ser servidos. Cayetano era transportado por la luminiscencia del atavío de Ricardo cuyos chispeantes reflejos alumbraban el singular sendero. Se sentía altivo, orgulloso, flotante, y disfrutaba siendo acaparador de algunas miradas furtivas colmadas de la envidia de quienes hasta hace unos días o minutos le habían cosido a collejas o a tortazos. De forma más discreta y, camuflados entre el servicio, estaban los padres de Cayetano emocionados al ver a su pequeño en puesto de tanta responsabilidad. Se sentían orgullosos de que Ricardo hubiera recabado en él para llevar a cabo su puesta en escena, de verlo caminar junto a su imponente figura. Pero era una alegría contenida, puesto que la imagen de un Cayetano pifiándola, como de costumbre, se les venía también a la cabeza. Lo cierto es que el travieso infante iba respetable cabalgando sobre una nube, fustigándola de alegrías e ilusiones.

Un barril perfectamente encajado en el potro, y una mesilla con ruedas cubierta con un mantel blanco sobre el cual se encontraban varios catavinos, pusieron final al recorrido. Ante ellos se detuvieron Ricardo y Cayetano, saludando a los expectantes invitados descubriéndose y volviéndose a cubrir. Ricardo se fue hacia el borde de la fuente. En la piedra depositó el maletín y, con mucha concentración, sacó con mimo una fantástica venencia con el cubilete de oro y gancho del mismo metal, en los que se apreciaban unos extraños grabados, unidos los dos por una varilla muy flexible hecha de barbas de ballena. Una formidable venencia que cautivó los ojos de los convidados y, muy especialmente, los de su joven ayudante.

Se fue inexpresivo hacia el barril. Se puso paralelo a él, a la izquierda, ligeramente adelantado y con los pies juntos. Le tomó la distancia, se afianzó en ella, extendió la mano izquierda solicitando un catavino y Cayetano cogió uno de la mesilla y se lo introdujo por el tallo entre los dedos índice y corazón. Preparado con la venencia y el catavino, con la derecha, metió el cubilete por el esquite del barril sin rozarlo, lo llenó de fino y de igual manera lo sacó. Reajustó la posición de los dedos que sujetaban la venencia. Inspiró profundamente, cerró los ojos y, casi a la vez, con un gesto rápido, llevó la venencia y el catavino a media altura de su cuerpo. En ese punto, y sin rozarse el cubilete con el catavino, aquel comenzó a verter el fino en este. El

codo y el hombro derechos acompañaban a la muñeca elevando la venencia más arriba de la cabeza, al mismo tiempo que la izquierda de Ricardo bajaba el catavinos hasta más abajo de la cintura. El caño entre la venencia y el catavinos era fenomenal, de gran amplitud. El fino caía grandioso, con precisión milimétrica en el interior del vidrio. En el punto más álgido de ese pequeño torrente, espacio y tiempo se contuvieron, y Ricardo pudo saborear las húmedas notas musicales que el fino desprendía en su violento y aterciopelado contacto con el cristal. Escuchaba los aromas agrestes de la salvia, el laurel y del almizcle que despertaba la lucha de las furias descarriadas. Olía el irascible salado de las gotas de fino atravesadas por los cálidos rayos de sol: un deleite sensorial que solo él podía disfrutar. Un golpe seco de muñeca, acompañado por un movimiento hacia el exterior del codo, seccionó en lo más alto el chorro del fino, haciendo que la venencia se recogiese ágil y soberbia en la palma de la mano. No había salpicado ni una gota fuera del catavinos. Fue cuando Ricardo abrió los ojos ante la mirada atónita de los invitados y de la incredulidad de Cayetano. Después del lapso de ensimismamiento del muchacho, le recogió el catavinos ya con el fino dentro dejándolo suavemente sobre la mesilla, introduciéndole otro entre los dedos.

Realizó la maniobra de nuevo, pero esta vez mirando al horizonte cuando metía y sacaba la venencia del barril. Volvió a cerrar los ojos y, con gesto marcial, ejecutó otra vez el fascinante ritual. Un «¡olé!» salió emotivo de entre el público cuando acabó el lance. A la tercera vez que lo volvió a repetir, la cantaora cesó el lamento..., y como la cosa iba de fluidos, el tablao cambió de palo y se arrancó por la rumba *Entre dos aguas*, dando al ambiente notas de júbilo y de contento. Ricardo, casi al son de los nuevos compases, reiteró las ejecuciones a la cual más rápida sin derramar una sola gota del generoso.

Los «olé» sonaban colectivos. Cayetano quitaba y ponía los catavinos en la mano de Ricardo con igual celeridad, con el asombroso descubrimiento de que todos los puestos sobre la mesilla contenían por igual la misma cantidad de fino: ni una gota más ni de menos. El final de la actuación fue apoteósico. Dejó la venencia dentro del barril, se descubrió y dejó el sombrero colgado en uno de los brazos posteriores del potro. Se fue hacia la mesilla y cogió hasta diez catavinos, que

dispuso con cuidado entre los espacios que dejaban todos los dedos de la mano izquierda. Se volvió hacia el barril, tomó la venencia, asentó la postura, volvió a cerrar los ojos y, sin mirar de nuevo el esquite y con una velocidad pasmosa, sacaba y metía la venencia pasándosela ahora por detrás de la nuca en un espectacular alarde técnico, vertiendo nuevamente el fino en el ramillete de bocas de cristal. No derramaba ni una gota en el tránsito del chorro de una a otra. Una recogida seca y soberbia de la venencia acabó con el caño que llenaba el último catavinos, a la par que se abrían los ojos inalterables de Ricardo. Vidas de solercia tenían que ser ocupadas por alguien que aspirase a realizar algo parecido a lo que había hecho. Con la venencia descansada al costado derecho, presentó a los invitados el rebosante ramo de reflejos dorados: le respondieron con una cerrada ovación. Cayetano, muy solícito, le quitaba uno a uno los catavinos. Con la izquierda ya libre, se la quebró por detrás de la espalda, y la derecha mostró la venencia a modo de saludo a quienes seguían aplaudiéndole.

—Ahora te toca a ti —le dijo a Cayetano entre ovaciones.

El chaval comenzó a empujar la mesilla y a repartir el fino con sumo cuidado. Los invitados, agradecidos, le lanzaban sonrisas de cortesía, las cuales, falsas o no, las interpretaba como algo bueno a su faena tocada en suerte.

El término de la actuación de Ricardo fue la señal para que también los demás camareros empezaran a zigzaguear entre los asistentes con bandejas llenas de generosos y otras repletas de canapés que se esfumaban ligeros. La música seguía alegre, y otro venenciador relevó a Ricardo, quien se escamoteaba con el maletín por entre el público. El pequeño Cayetano hizo un alto en su labor y observó pensativo cómo la estampa de Ricardo se alejaba. A su corta edad supo que aquel hombre era alguien muy especial; parecía no ser de este mundo. Y si lo era, hacía cosas que solo las podían realizar aquellos tocados por la gracia de los dioses.

Un portón del tentadero se abrió, y cuatro majestuosos caballos de pura raza española salieron a la absorbente arena del albero. Sobre las cabalgaduras marchaban altivos sus respectivos jinetes, vestidos de corto, de camisa blanca, con chaquetilla y pantalones de elegante azabache, fajín rojo, y ataviados con unos zahones de lucido cuero ne-

gro. Caballos y caballeros dispuestos a realizar ejercicios de doma clásica, vaquera y de alta escuela. Los invitados se aproximaron al borde de la explanada situada por encima del tentadero, y desde esa atalaya observaban el espectáculo ecuestre. Dos caballos de piel canela y de altaneras crines marfil y otros dos absolutamente blancos mostraban su gallarda docilidad, la nobleza y la fidelidad a manos de los jinetes: la restricción y la extensión, el paso, el trote, el galope, la doble pisada, el *piafee*, la parada, el paso atrás...; ejercicios de doma trazados sobre la arena a ritmo de guitarras y palmas que los caballos realizaban a la perfección ante unos espectadores sumergidos en un profundo goce estético.

Cayetano había finalizado su tarea. Veía cómo el servicio estaba dando los últimos repasos a las mesas de la comida. Ya no tenía nada que hacer. Aparcó la mesilla ambulante junto a las mesas auxiliares que utilizaba el servicio y, tras irse a recibir algunas carantoñas de sus padres, se fue corriendo a encontrarse con Ricardo. El señor Eduardo, que lo vio marcharse, suspiró de alivio. Subió las escaleras tan rápido como pudo, llamó a la puerta y a los pocos segundos apareció Ricardo. Se había cambiado la chaquetilla blanca por otra granate y de bordados de plata para servir en la comida.

—¡Pasa! Te estaba esperando. Algo me decía que no tardarías en subir —le dijo Ricardo—. Has estado muy bien. Te he visto desde el balcón.

—Nos han sacado fotos mientras usted tiraba el fino —apuntó el muchacho entrando campante en la habitación.

—¿Ah sí?

—Sí —contestó Cayetano a la vez que asentía con la cabeza.

—Entonces..., esos instantes habrán quedado enmarcados en una pantallita de algún móvil o de una cámara digital. Es algo fabuloso poder parar el tiempo en un momento dado.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Cayetano observando el maletín que estaba sobre la cama.

—Creí que venías a zanjar nuestro pacto. Supongo que te referirás a la manera que tengo de tirar el fino.

—Sí —dijo Cayetano asintiendo nuevamente—. Mis padres dicen que usted tiene duende.

—¿Esas cosas dicen tus padres? —replicó Ricardo sonriéndole—. Yo diría que tengo más de un duende. Pero creo que tú no solo también lo tienes, sino que además lo eres. El cómo lo hago es una pregunta que me la hecho muchísima gente. Yo no hago nada. —Miró de soslayo el maletín—. Y a todos les contesto lo mismo: es una venencia mágica. Por sí misma es la que guía mi mano y hace que el fino caiga siempre dentro de los catavinos.

—No me lo creo. Se está riendo de mí.

Ricardo sonrió. Estaba bromeando. A pesar de ello, el muchacho sintió la curiosidad de abrir el maletín y observar más de cerca la venencia.

—Es una venencia mágica —continuó Ricardo con la guasa—. Puedes abrir el maletín y cogerla. —Sabía de la curiosidad y de la impaciencia del muchacho.

Cayetano se dirigió al lado de la cama, se acercó el maletín y, con sumo cuidado, lo abrió. La venencia estaba reluciente, acompañada por una baqueta y otros utensilios de limpieza también perfectamente encajados en sus respectivos moldes.

—¿Te gusta?

—Sí —dijo Cayetano.

—Cógela.

La sacó del maletín y la sostuvo entre las manos durante unos segundos. Después, acarició tanto el cubil como el gancho recreándose en los grabados.

—Es una escena mitológica. Representa la lucha que tuvo Apolo contra la serpiente Pitón —explicaba Ricardo mientras se acercaba a Cayetano—. La serpiente, hija de Gaya, vivía en una cueva en Delfos custodiando el oráculo de su madre en el monte Parnaso. Apolo mató a Pitón y se quedó con el oráculo y sus poderes adivinatorios. De esa forma Apolo se hizo con el gran santuario de Delfos, que después compartiría con otro dios que renace por estas fechas, y a quien si no se le da los debidos cuidados puede ser muy peligroso. —Por un lapso de tiempo se quedó pensativo, distante—. En la escuela te enseñarán más sobre estas cosas. —Recogió suavemente la venencia de las manos de Cayetano, que escuchaba muy atento—. La venencia simboliza la serpiente Pitón, y la persona quien la domina encarna a Apolo. —Hizo un

gesto en el aire como si estuviera llenando un catavinos otra vez—. Hay que practicar mucho para dominar a la serpiente. Ese es el truco: practicar y practicar. El fino o cualquier otro tipo de vino es la sangre, la agonía de la serpiente que se rinde y muere ante la pulida técnica de Apolo. Posteriormente, según cuenta el mito, el templo quedó custodiado por una sacerdotisa, «la pitonisa», entre cuyas atribuciones estarían las de interpretar las profecías de Apolo, adivinar el futuro de los pueblos y el de aquellas personas que pagasen por ello. Era conocedora de la *Moirá*, el destino de los pueblos y de las gentes.

Según oía la historia, Cayetano permanecía boquiabierto y un escalofrío estremeció su cuerpo. A su edad era fácilmente sugestionable con mitos y leyendas como esas.

—Por eso usted adivina cosas..., y tiene duende como dicen mis padres —le saltó Cayetano un tanto asustado apartándose de él.

Ricardo lo miró de forma incisiva, escudriñando sus pensamientos. Después de unos segundos, respondió con un fingido tono amenazador tratando de infundirle aún más miedo:

—No estaría ganándome la vida poniendo vinos a gente que ni tan siquiera sabe lo que bebe, pudiendo ser millonario adivinando los números de la lotería, ¿no te parece? Será mejor dejar la venencia en el maletín, no vaya a ser que se enfade y se convierta en una verdadera serpiente capaz de engullirte de un solo bocado. —Metió la venencia en el maletín, que cerró de un sonoro golpe sobresaltando al muchacho. Lo guardó a continuación bajo llave en un armario empotrado situado enfrente de la cama—. Pero tengo que reconocer que años de trato con las personas me han enseñado a intuir cuáles son sus gustos, preferencias, comportamientos y hábitos. ¡Mira! —señaló hacia el balcón y cambió radicalmente de asunto—, como es la hora de comer, me he permitido prepararte un banquete para ti solo.

Al lado del balcón había una mesa correctamente vestida, con sus platos, cubiertos, pequeñas soperas y bandejas repletas de comida. Hacia ella se aproximaron.

—Vas a tomar casi lo mismo que los invitados: crema de marisco, un poco de corzo, faisán —decía Ricardo conforme destapaba los cubre bandejas—, *soufflé* de chocolate, de todo un poco..., y mosto. Eres muy pequeño aún para perderte con el vino.

A Cayetano se le hacía la boca agua a medida que Ricardo descubría las bandejas y se extasiaba con los aromas liberados de las mismas.

—¿Y todo esto es para mí? —dijo alucinado.

—Todo para ti —respondió Ricardo mirando por la ventana del balcón—. Desde aquí puedes ver cómo se desarrolla el banquete. Hay una vista privilegiada. Podemos conocer mucho de las personas atendiendo a sus formas de comer.

Cayetano no le hacía caso. Estaba metiendo el dedo en el *soufflé* de chocolate con un ansia tremenda de llevárselo a la boca.

—Veo que tienes hambre. —Ojeó de soslayo a Cayetano por un momento, perdiendo nuevamente la vista a través de la ventana—. Espero que seas discreto si piensas asomarte por aquí. Algún invitado se sentiría molesto si descubre que está siendo observado.

—El chocolate está muy bueno —dijo Cayetano relamiéndose el índice derecho, ajeno a las palabras de Ricardo.

—Todo está bueno. —Se llevó la mano al fajín de arrumbador y sacó un par de billetes—. Como habíamos acordado... aquí tienes lo que falta del trato. —Le entregó dos billetes de cincuenta euros—. Espero que lo gastes en lo que te dije. Me has ayudado bastante..., y encima has sido objeto de las iras de un descerebrado.

—Muchas gracias. —Cogió los dos billetes—. Se lo daré a mis padres para que me lo guarden —agregó mirándolo muy complacido.

—Recuerda que era un pacto secreto. Es mejor que no digas nada a tus padres ni a Francisco ni a nadie. Sé de sobra que darás un buen uso al dinero, ¿no?

—Me lo gastaré en lápices, cuadernos y libros.

—Muy bien, buen chico. Ahora disfruta de la comida. Yo tengo que continuar con mi tarea. Cuando te marches —le dijo disponiéndose a salir— quiero que te asegures de que has cerrado bien la puerta. No quiero que a algún invitado gracioso con alguna copa de más le entre una repentina curiosidad.